HEROES ESPACIO

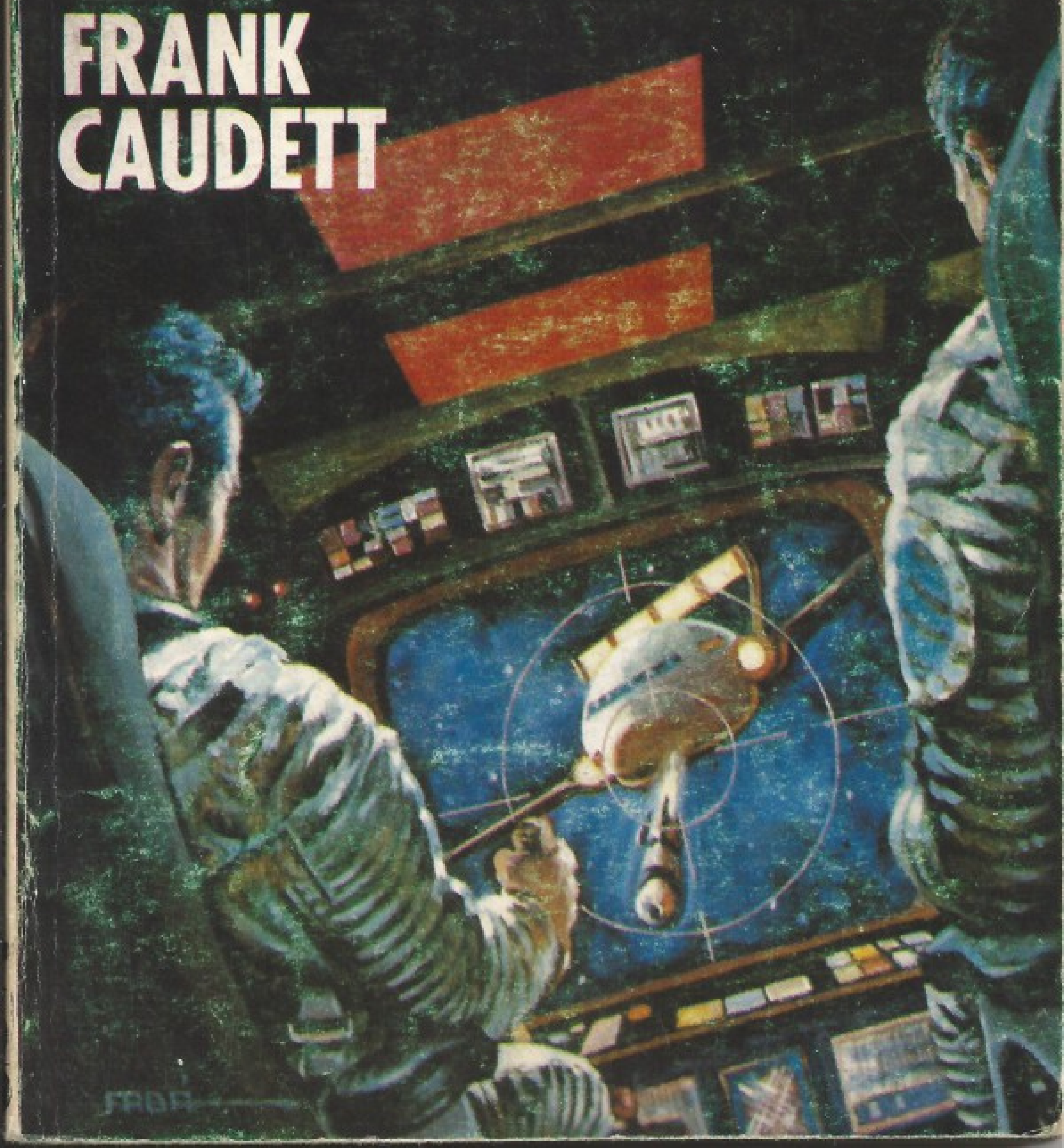
BRUGUERA

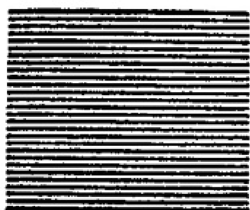
BOLSILIBROS

FUTURO

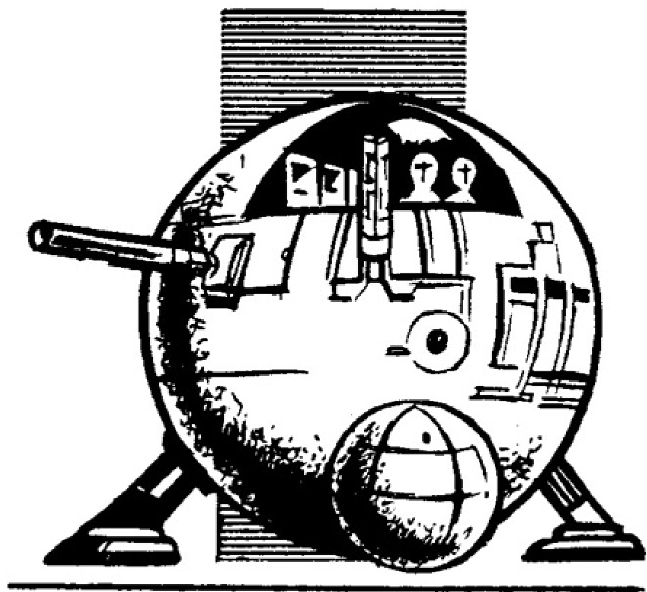
ERASE UNA VEZ OTRA GALAXIA...

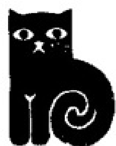
FRANK CAUDETT





héroes del ESPACIO





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

198 — Destructor de mundos, *Clark Carrados*.
199 — Mil años después, *Frank Caudett*.
200 — Gritos en la nada, *Curtis Garland*.
201 — El platillo rojo, *Joseph Berna*.
202 — Los centinelas, *Elliot Dooley*.

FRANK CAUDETT

ERASE UNA VEZ OTRA GALAXIA…

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 203
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 9.572 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: abril, 1984
1ª edición en América: octubre, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A..**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

—Quiero hablar con el señor presidente.

—El señor presidente está ocupadísimo a estas horas, caballero.

—¡Pues que se desocupe! Lo mío es importantísimo. Vital...

—Todos los que llaman interesándose en hablar con el señor presidente suelen decir lo mismo —insistió con monótona terquedad el robot matriz de la sala computada de control y comunicaciones de la Casa Blanca. Añadiendo con humana causticidad—: Vital, importante para el futuro de la nación, trascendente... Tenemos cantidades industriales de grabaciones de esta índole.

—Estoy hablando en serio.

—Todos aseguran hablar muy en serio. Y desean conversar con el señor presidente. ¿Por qué no lo intenta por el conducto reglamentario, amigo?

—¡Yo no soy su amigo! —exclamó, encolerizado, el que estaba en pantalla videofónica—. ¡Y usted es un simple y miserable robot que no está facultado ni concebido para establecer conclusiones por su cuenta! Dígale al señor presidente, de inmediato, que es el adelantado Corlan quien desea hablarle —hizo una pausa para inundar sus pulmones de aire, que les faltaba, convirtiendo la respiración en un jadeo desacompasado, puntualizando después—: El adelantado en astronomía, profesor Martin J. Corlan. ¿Ha oído bien, pedazo de alambres, clavijas y conexiones?

—Me molestaría con usted si fuese humano, adelantado. Pero tengo la inmensa suerte de no serlo, señor. Ustedes, los humanos, a menudo resultan odiosos.

—¡Imbécil!

—Veré que el señor presidente le escuche. ¡Ah!. lo mismo digo.

El adelantado pronunció una exclamación muy gruesa de la que el robot pasó olímpicamente y se dispuso a esperar que le comunicaran con el presidente de los Estados Unidos de Todas las Américas.

Para que eso sucediera hubieron de transcurrir casi diez largos minutos.

—¿Quién ha dicho que es, señor?

Corlan miró el rostro que se reflejaba ahora en la pantalla de su videófono. Se trataba de un hombre joven, agraciad, de expresión simpática, que nada tenía que ver con el presidente.

—¿Ya está bien, no? ¿Con cuánta gente tendré que vérmelas antes de hablar con Gwen Peter Blair?

—El señor presidente se encuentra reunido. ¿Puede decirme de qué se trata? Soy Ian Knox, su secretario para el Área Social.

Martin J. Corlan lanzó una carcajada que casi resultó grosera.

—Área Social… ¡Mierda! ¿Qué sabe usted de Astronomía, muchachito?

— Más o menos, señor. lo mismo que el presidente.

—¡Muy gracioso, sí! ¿Cómo tengo que decir que se trata de un asunto de importancia capital?

—Cuéntemelo a mí, señor…

—¡Adelantado! —le interrumpió, colérico y congestionado su interlocutor—, ¡Adelantado en Astronomía, Martin J. Corlan! ¿Que se lo cuente, dice? ¿Como si fuera un cuento? Está bien, muchachito, está bien. Mire… Erase una vez otra galaxia…

—¿De quién se trata, Ian? —preguntó una voz que sí llegó hasta Corlan, aunque la imagen permaneció fuera del encuadre videofónico al no ser captada seguramente por los objetivos del circuito interior de TV.

—Dice que es, señor… —inició Knox.

—¡No es que lo diga… —le interrumpió el comunicante, casi brutal—, ES QUE SOY! ¡SOY EL ADELANTADO EN ASTRONOMIA, MARTIN J. CORLAN!

El rostro del presidente —hombre que debía rondar los sesenta, con la piel un tanto arrugada, ojos muy diminutos pero vivos y ¡a expresión afable— apareció en la pantalla luciendo una sonrisa conciliadora en sus labios ajados.

—¿Hemos sido presentados, adelantado Corlan?

Una mueca de estupor se pintó en la faz del astrónomo.

—¿Cómo dice, señor presidente? — inquirió con genuino asombro y hasta desconcertado.

—Que si nos conocemos, quiero decir.

—¡Pero…! ¿Es que de veras no le recuerda nada mi nombre, señor? Corlan… Martin J. Corlan.

El presidente de los Estados Unidos de Todas las Américas se

sintió incómodo ante la insistencia del otro. Porque en aquel momento hubiera deseado recordar con urgencia de qué conocía al versado en astronomía. Pero por mucho que se devanó los sesos hurgando en el almacén de los recuerdos, nada consiguió.

Mordiéndose el labio inferior y con pesar evidente reflejado en sus facciones, murmuró:

—Tendrá que disculparme, adelantado. Pero...

—Hace tres años me dieron el especial del Nobel a la investigación del cosmos. Cincuenta millones de dólares. ¿Es posible que no...?

El presidente se propinó una sonora palmada en la frente.

—¡Dios mío! —exclamó, interrumpiendo a su interlocutor. Repitiendo el golpecito, pareció preguntarse—: ¿Cómo he podido olvidar...? ¡Vuelvo a pedirle perdón, adelantado! Son tantas las cosas y los nombres que retengo en la memoria, que a veces ésta me traiciona. ¿Quiere decirme de qué se trata?

—Si usted me lo permite, señor presidente, puedo atomizarme para efectuar un autoteletransporte a su presencia.

—Hágalo...

Corlan desapareció de la pantalla.

—No ha debido acceder, señor —fe recriminó suavemente Ian Knox—. Como todos los sabios es un auténtico plomo.

—Y es también un Nobel extra, Ian. No lo olvidemos. Y tengo la obligación de escucharlo.

Unas columnas de luz y humo se dibujaron procedentes del techo en el despacho del secretario para el Área Social del presidente, y del interior de aquéllas surgió como un breve tornado que acabó por concretarse físicamente en la persona de Martin J. Corlan.

El adelantado en astronomía estaba muy cerca de los setenta, aunque ciertamente bien conservado. Aparentando ser bastante más joven. Era menudo y muy inquieto. Recordaba el quehacer de una ardilla juguetona y tempranera. Cara angulosa la suya de facciones que evidenciaban cierta brusquedad. Calvo, aunque se había dejado crecer el cabello que le quedaba en los aladares y la parte posterior de la nuca hasta rebasar los hombros en unos centímetros.

—Me perdonará tanta urgencia, señor presidente. Pero lo que tengo que comunicarle puede cambiar el destino de la humanidad.

—Obvio que me tiene en ascuas, profesor.

—Llámeme adelantado si no le importa, señor presidente.

—En absoluto —le sonrió el primer ciudadano del continente formado por ambas Américas—. ¿Qué es *eso* tan extraordinario?

—La alternativa de nuestro futuro, señor.

—Me temo que no le entiendo...

—¿Podemos hablar a solas?

—Sí..., en parte. Mi secretario para asuntos de Defensa suele estar presente en todas las conversaciones que mantengo. Es algo secular. Forma parte del protocolo y debo atenerme a él. ¿Le importa?

—No. No tratándose del secretario de Defensa —admitió el astrónomo, dirigiendo una maliciosa mirada a. Ian Knox.

Un par de minutos después se encontraban en el despacho privado del presidente. Ya se hallaba en él un hombre con uniforme militar que lucía divisas de general del cuerpo de Aviación y Astronáutica, enorme en su contextura, muy alto y recio, de anchos hombros y tórax poderosísimo. El rostro era sanguíneo, tanto, que parecía hallarse desde siempre al borde de la apoplejía. En permanente estado de excitación. Tenía unos ojos grises grandes, escrutadores, de penetrante mirar. Ojos que casi engulleron de una vez la menuda figura del adelantado.

Confortablemente instalados, invitó el presidente:

—Le escuchamos. Corlan.

—Di buen empleo a los cincuenta millones, señor —se vanaglorió el adelantado.

—¿Qué menos esperar de un sabio?

—Me halaga usted, señor presidente.

—Rendir testimonio a la verdad no es un halago, sino un acto de justicia. ¿Decía, adelantado?

El militar, silencioso todavía, miraba al astrónomo con cierto recelo. Con una chispa despectiva incluso en el brillo de sus ojos y también con un reprimido conato de escepticismo.

—Compré una vasta extensión de terreno en un punto determinado de Nuevo México para instalar el más moderno observatorio del mundo y a la vez un complejo extraordinario con toda clase de sofisticados instrumentos con los que auscultar el cosmos y tomarle el pulso. Mis auxiliares y yo hemos recorrido distancias del espacio que no están actualmente al alcance de nadie.

—¿Y de qué ha servido eso, señor Corlan? —intervino por primera vez el secretario de Defensa.

—Adelantado, general, a-de-lan-ta-do —silabeó enfático. Significando ostentoso—: Por favor..., le ruego que trate conforme a mi rango. Por favor... —insistió una vez más el jactante investigador de los espacios siderales.

—Perdón... —articuló, molesto, el militar.

—¿No le parece que estamos divagando excesivamente, adelantado? — le reconvino, afable, el presidente.

—Creo que sí, señor. Verá... Es que no sé cómo decirlo para que suene verosímil.

—Hágalo sencillo y lo entenderemos todos.

—Sí, claro. Existe en el cosmos otra galaxia como la nuestra. Exactamente igual a la nuestra, señor presidente.

El general Powell pegó un sonoro respingo.

—¡Qué! ¿Cómo ha dicho?

—Otro sistema solar idéntico al nuestro. Dentro de otra galaxia. Otra Vía Láctea...

—¡Eso es imposible! —no pudo contenerse el presidente de los Estados Unidos de Todas las Américas.

—Entiendo su sorpresa, señor —aceptó benévolo el astrónomo, igual que un maestro de párvulos hubiese admitido el error elemental en uno de sus alumnos. Con tolerancia y-superioridad. Insistiendo no obstante—: Pero es un hecho incuestionable. Esa otra galaxia está ahí, perdida en un punto lejano de los espacios siderales.

—¿Cómo de lejano? —se interesó el militar.

—A miles de millones años luz, general.

—¿Y usted ha visto eso... esa otra galaxia, con sus telescopios? —insistió el secretario de Defensa.

—Claro —repuso Martin J. Corlan con la mayor de las naturalidades. Añadiendo—: Ya le he significado que dispongo de aparatos de precisión extraordinariamente sofisticados que me hice construir especialmente para mí, bajo el diseño propio y exclusivo. Ningún observatorio del mundo dispone de elementos tan siquiera parecidos.

—Otra galaxia... —murmuró el presidente como si se hiciera cruces de la afirmación tajante de Corlan. Repitiendo—: Otra galaxia

exacta a la nuestra. No me hago a la idea de que pueda ser...

—¿Y en qué nos beneficia a nosotros la existencia de esa otra galaxia? —quiso saber Terence Powell, interrumpiendo las reflexiones que el presidente parecía hacerse a sí mismo de viva voz. Y prosiguió con tos interrogantes—: ¿Dónde está esa alternativa a nuestro futuro de que le ha hablado antes a Gwen Peter Blair? ¿Qué tiene ello que ver con esa otra galaxia?

—Esa otra galaxia es nuestra alternativa, general. La razón de continuidad de la especie humana.

—¿Está acaso amenazada de extinción, según usted, la especie humana? —interrogó, con evidente expresión de alarma y alerta, el presidente.

Una sonrisa extraña floreció en labios del adelantado.

—Yo diría, señor... de destrucción.

—¡No entiendo nada! —gritó, con enfado manifiesto, el general Powell.

—¿Pueden dejar que me explique sin interrupciones?

Asintió el militar, entregándose al silencio.

—Hágalo —autorizó el presidente.

Luego de carraspear con sonoridad y grandilocuencia, como reclamando la máxima atención por parte de su reducido auditorio, anunció, pomposo. Martin J. Corlan:

—En ese otro sistema solar exactamente igual al nuestro existe, ¿cómo no?, un planeta idéntico a la Tierra. Un planeta que sin duda podría ser habitado por nosotros, los humanos, sin que nuestra naturaleza se resintiera lo más mínimo del cambio. Todo seguiría igual, sería b mismo.... pero a miles de millones años luz. Bueno, todo igual..., no. Porque aquel planeta, aquel calco de nuestra Tierra, es fértil, rico, virgen, y está en posesión de la totalidad de fuentes naturales, energéticas y un largo etcétera que aquí, en nuestra Tierra, se hallan mayormente en vías de caducidad. Sería un PROSEGUIR, volviendo al PRINCIPIO. Sería como conjugar juventud y experiencia; la experiencia la pondríamos nosotros, la juventud ella... la Tierra de esa otra galaxia.

—¿Está usted sugiriendo que los humanos debemos trasladarnos a ese lejano sistema solar que dice haber descubierto? — no pudo contenerse el general Powell, casi indignado.

—No todos, general. No todos...

—¡Que me aspen si lo entiendo, adelantado! —exclamó el presidente—. ¿Qué ha querido decir con eso de: no todos?

Martin J. Corlan se mantuvo dentro de un espectacular silencio.

De un silencio estudiado y preconcebido. Escenificado, casi. con aparatosidad.

Para que las palabras que siguieran a él tuvieran en los oídos y mentes de sus interlocutores la resonancia que pretendía.

Dijo, al fin, despaciosamente. Con demagógica intencionalidad:

—He querido decir, señor presidente, que no todos sobrevivirán al... holocausto.

HOLOCAUSTO...

Gwen Peter Blair, presidente de tos Estados Unidos de Todas las Américas, y Terence Powell, su secretario de Defensa, se quedaron atónitos.

Mudos de asombro.

Sobrecogidos por la magnitud de aquella palabra que Martin J. Corlan acababa de entonar como si se tratase del mayor de los simplismos.

HOLOCAUSTO...

Ahora sí.

CAPITULO II

Ahora se hizo un silencio enorme.

Brutal.

Un silencio con desgarro. Con expresividad muda pero terriblemente elocuente.

De sepulcro.

Un silencio en cuyos callados ecos vibraban distintas emociones y una acusación tan firme como implícita.

Dirigida a la persona de Martin J. Corlan.

Una acusación concreta e inapelable.

Mientras el silencio seguía su curso.

Enorme, sí.

Sepulcral, también.

Silencio de muerte, desde luego.

Porque HOLOCAUSTO y MUERTE, eran, ¿qué duda cabía?, sinónimos.

El adelantado miraba altivo, desafiante casi, a su menguado auditorio.

Silencioso auditorio.

HOLOCAUSTO...

Esa palabra había pronunciado con énfasis siniestro el ver sado en astronomía. El supuestamente descubridor de otra galaxia igual a la Vía Láctea.

Corlan, satisfecho, seguía provocándoles con !a mirada. Invitándoles con expresión conminatoria a que interrumpieran, truncasen el tupido y agobiante silencio.

Fue Gwen Peter Blair quien primero recuperó el don del habla. Quien antes se zafó a la tenaza que la sorpresa y el estupor habían ceñido en torno a su garganta, privándole de la palabra.

—¡Dios del cielo. Corlan! —exclamó, dominando a duras penas sus genuinos sentimientos—. ¿De qué holocausto está usted hablando?

Sonrió mefistofélico el adelantado. Sonrisa con la que acompañó las primeras palabras de su respuesta:

—Me refiero al resultante del enfrentamiento entre las potencias

de Occidente y el bloque comunista, señor. Aludo a esa guerra nuclear que se viene aplazando desde hace unos quinientos años, aproximadamente, a causa de la similitud potencial bélica de las naciones alineadas en uno y otro bloque. Con garantías de continuidad en la mano, con soluciones de futuro en forma de esa otra galaxia en la que se halla un mundo, otro mundo igual al nuestro, desaparece el temor a la destrucción, a ser destruidos mejor dicho, y podemos desencadenar esa hasta hoy tan temida Tercera Guerra Mundial. Abortamos la tendenciosa sediciosidad del marxismo-leninismo que aún en 2439 corroe, corrompe y manipula las mentes más primarias y elementales, reorganizando luego la humanidad en un mundo nuevo, donde las gentes vivirán felices de acuerdo con unos parámetros democráticos en los que privatice la libertad..., la libertad de clases y el respeto al ser y a la propiedad.

Gwen Peter Blair se pasó la diestra por delante de los ojos lo mismo que tratando de alejar las imágenes insidiosas, la pesadilla gráfica en que se convertían las expresiones caóticas de un científico cuya locuacidad extremista parecía ser la antítesis de su misma condición' investigadora, la propia negación de su calidad humana.

—O sea... ¿qué me está proponiendo, sugiriendo, que destruya este mundo o lo intente al menos, para reanudarlo en otro y con otro de, según usted, mejor? —inquirió, al fin, trémulo de rabia, el presidente de Todas las Américas. Vibrando en su voz una nota disonante de irritación insistió—: ¿Es eso lo que su inteligencia de versado en astronomía, de adelantado, de sabio inclusive, le inspira plantear a mi persona?

El militar fue más pragmático, preguntando:

—¿Y quién le asegura a usted... quién nos asegura a nosotros, adelantado Martin J. Corlan, que esos continuadores de la especie humana en el otro mundo, que asevera haber descubierto pertenecerán al bloque occidental?

Una sonrisa suficiente, enigmática y siniestra, quedó pintada en la boca del astrónomo.

Antes de que pronunciara el monosílabo:

—YO.

—¡Usted está loco. Corlan! —gritó, exasperado, el presidente.

—Esas no son maneras, señor —se crispó el aludido. Insistiendo —: „Debo recordarle cuál es el trato y el respeto que merezco?

—¡Quien habla como usted, sólo puede ser tratado de una manera! —estaba paroxístico, ahora, el número uno de los americanos. Agregando—: ¡Y renuncia por sí mismo al respeto y a su condición de hombre!

Terence Powell intervino, drástico:

—Puedo tramitar la prisión preventiva de este demente si lo desea, señor. Mientras, estudiaremos lo que hacer con él.

—No, general —negó el presidente. Argumentando—: Es preciso convencerle a través del diálogo de lo inhumano, criminal y nefasto, de su utópica proposición. Entiendo que el adelantado Corlan ha trabajado excesivamente en los últimos tiempos, lo cual ha influido en su psiquis alterando...

Martin J. Corlan salió hacia arriba, hacia lo alto, lo mismo que si un invisible resorte lo acabara de disparar desde el fondo de su asiento.

Alterada la expresión de sus facciones merced al rictus crispado que las contraía y que prestaba a las mismas un toque alienado. Apretadas las mandíbulas hasta hacer crujir los dientes. Cerrados ambos puños con tal fuerza que los nudillos no eran más que una desigual cordillera blanquecina.

—¡Me está insultando de nuevo, señor presidente! ¡Está dudando abierta y ofensivamente de mi equilibrio mental!

Gwen Peter Blair no estaba dispuesto, ni mucho menos, a efectuar la menor concesión.

Dijo, autoritario:

-Prefiero olvidar que hemos mantenido esta conversación, adelantado. Quiero ignorar que usted ha venido a mi presencia para proponerme tamaña barbaridad. Deseo convencerme de que todo ha sido una pesadilla... Y que cuando despierte, usted habrá desaparecido de mi mundo, del mundo de los verdaderos humanos, para recluirse en el suyo, en ese que le permite alimentar hipótesis tan absurdas como criminales. Y me aseguraré luego de que esas ideas extremistas que germinan en su mente no se convierten en epidemia contagiosa que contamine cerebros hasta hoy sanos. Los hombres como usted, por muy versados y adelantados que sean, constituyen un gravísimo y potencial peligro para esa humanidad que pretenden salvar. General Powell...

—¿Sí, señor presidente?

—Quiero garantías, a partir de ahora, sobre que Martin J. Corlan se recluye en su observatorio de Nuevo México, en ese complejo sofisticado que le permite auscultar y tomarle e! pulso al universo... y que no sale de él ni mantiene contactos con nadie del exterior sin que yo, EXPRESAMENTE YO, lo autorice. ¿Ha quedado claro, general?

—Diáfano, señor presidente —se puso en pie el militar. Mirando a Corlan, pidió, no sin cierta causticidad—: ¿Quiere seguirme, adelantado?

—¡Esto es..., es... ES DEMENCIAL! ¡Y humillante!

—Agradezca al señor presidente y a su benevolencia que continúe usted en libertad después de decir todo cuanto ha dicho.

—¿Llama usted libertad a...?

—¡Le ordeno que se calle! — rugió, congestionado, el general. Añadiendo, autoritario al máximo—: ¡Y SÍGAME EN SILENCIO!

—¡Esto es un abuso de autoridad! Es anticonstitucional. Y antidemocrático. Y... —insistió el adelantado pese a las anteriores exclamaciones conminatorias del militar.

—¿Y debo admitir como democráticas sus exposiciones y ofrecimientos a esta presidencia? ¿Acaso no es consciente de que acaba de proponerme un genocidio criminalmente premeditado?

—Yo, señor presidente —se irguió sobre sí mismo con dignidad tan absurda como ficticia—, sólo pretendía ofrecer garantías de continuidad a la especie humana a la vez que prestaba un gran servicio a mi patria. Está claro que me he equivocado de... persona.

—Acompañe al general, adelantado —no quiso entrar en nuevas disquisiciones el number one de Todas las Américas. Puntualizando —: Y ya sabe cuáles son mis... digamos condiciones con respecto a sus postulados. ¿Ha entendido, Martin J. Corlan?

—No pienso renunciar a mis-derechos, señor.

—Tómelo como quiera, pero nada alterará las instrucciones que acabo de darle al general Powell. Quedará usted recluido en su observatorio de Nuevo México. Eso es todo, adelantado. Adiós...

El astrónomo hizo un gesto altivo antes de abandonar el despacho del presidente seguido, de cerca y con hostilidad, por el secretario de Defensa general Terence Powell.

CAPITULO III

Lew Bannister, observando la pantalla de cosmoscope que se abría en la parte frontal de la sala de mandos de la Microexplorer V. comentó:

—Seis días más y estaremos de vuelta a casa.

—¿De veras deseas volver… esta vez?

La pregunta había brotado por entre los labios sangrantes. sensuales, plenos de jugo juvenil y excitación erótica que componían la boca grande, formada en arco de Cupido, que le servía a Estibaliz Hunter para hablar y besar.

Sobre todo para besar.

Porque los besos de Estibaliz Hunter, los besos que su boca ofrecía, eran la antesala del paraíso.

Conseguían enloquecer al bienaventurado receptor de los mismos.

Estibaliz contaba apenas dieciocho años y a tan corta edad estaba en posesión de una inteligencia poco común a su sexo y de un sexo tentadoramente común a su edad. El cuerpo de aquella valquiria rubia que ni el mismo Wagner, muchos siglos antes, hubiera imaginado para su aún vigente tetralogía, reunía la exquisitez con que hubiese trabajado el más depurado y estilista orfebre… y el más depurado y estilista de los orfebres de la creación era, sin duda. la madre natura. Y ésta había sido generosa, extraordinariamente magnánima, con Estibaliz Hunter.

Esbelta, ágil y estilizada su figura armoniosa, de la cual contribuía poderosamente a destacar el plateado y ceñido uniforme de astronauta sus pechos desafiantes y hambrientos…, hambrientos de pasión, de recibirla y entregarla; rígidos y lúbricos pechos los de Estibaliz Hunter en quienes se gestaba la arrolladora fuerza de su eros, el caudal magnético de su atractivo superior.

Sin olvidar aquellos enormes ojazos verdes, brillantes, que contrastaban con la catarata áurea, amarilla como el más puro de los oros, que coronaba con profusas y sedosas hebras su cabeza pequeña, redonda y exquisitamente formada. Cabello oro que llevaba estirado desde lo alto de la frente, con rigor, para

apelotonarlo en torno a la nuca en grácil y airoso moño.

La piel de Estibaliz era tersa, lozana, transpirando fragante virginidad. Toda ella exhalaba frescura, una frescura que sólo podía ser capaz de igualar el rocío de una mañana invernal y soleada.

La exquisita feminidad y el caudal lúbrico que atesoraba el cuerpo primoroso de Estibaliz, así como su excepcional inteligencia parecían reñidos, en principio, con su actividad profesional.

Era astronauta titulada —a sus dieciocho años— y especialista en mecanismos de seguridad, ataque y defensa, de navíos espaciales. Desde hacía seis meses pertenecía al CSK (Control Security Kosmos), entidad paramilitar todoamericana que se encargaba de velar por los espacios abiertos descendientes de los Estados Unidos y que en la proporción establecida se prolongaban hasta bastante más allá de la órbita de Marte. El primer destino de miss Hunter, de la preciosa rubia inteligente y dieciochoañera desde su llegada a la CSK, había sido el de formar parte de la tripulación de la astronave rápida de exploración y caza Microexplorer V, cuyo máximo responsable era el comandante Lew Bannister.

Al principio, a Estibaliz, Lew le había caído fatal.

Luego, había comenzado a admirarle.

Y a los dos meses de hallarse totalmente integrada con-la astronave que se había convertido en su segundo hogar, Estibaliz descubría que estaba loca, desesperadamente enamorada de Lew Bannister.

Sin embargo, y a! menos a juzgar por las apariencias, el comandante de la Microexplorer V no veía en la señorita Hunter más que a un compañero de trabajo, un subordinado, una profesional que se encargaba minuciosa y cuidadosamente de mantener en perfecto estado de funcionamiento los mecanismos de ataque y defensa de la nave rápida de exploración y caza de la que él era primer responsable.

Eso, decíamos, a juzgar por las apariencias.

Pero a Bannister no le podían pasar por alto —de hecho no le habían pasado— los extraordinarios atributos físicos de Estibaliz Hunter. Sus redondeadas exquisiteces. Sus túrgidos apéndices, el fulgor ígneo de sus verdes pupilas, la excitante juventud de su agreste naturaleza... No. Nada de todo aquello le había pasado desapercibido al apuesto comandante Lew Bannister.

Mas había procurado, eso sí, que Estibaliz no fuera consciente del interés que despertaba en él. De cómo estimulaba su apetito sexual. De cuánto la deseaba. De lo fácil que iba a ser que terminase amándola.

Pero en el transcurso de aquel viaje por la zona del cosmos que estaba bajo el control y protección de los Estados Unidos de Todas las Américas, el cual tocaba ya a su fin, Estibaliz había decidido sincerarse abiertamente con él.

—Estoy enamorada de ti. Lew. Y te deseo. No soy quién para exigirte nada y aunque lo fuese tampoco lo haría. He dicho que te amo y el amor implica correr riesgos: quiero ser tuya sin condiciones.

Bannister había rehuido cualquier postura convencional para comportarse con igual limpieza de espíritu que ella.

—Tenía que pasar tarde o temprano. Mis sentimientos hada ti también son muy importantes, pequeña. Sólo me cabe el temor de que si lo nuestro no es duradero salgas dañada de la aventura.

—¿Pero me necesitas en este momento...?

—Más que a nada en el mundo, Estibaliz.

—Pues, tómame. Lew. Yo necesito sentirme y saberme tuya. Estoy convencida de que nada mejor me puede suceder en la vida.

Y él. Lew Bannister, la había tomado. Con todas las consecuencias. Y ella, Estibaliz Hunter, se había entregado a él con una pasión y vehemencia como jamás hubiera imaginado que ningún hombre podía inspirarle. Y entre los brazos de Lew, desnudos el cuerpo y el alma, recibiendo sus besos y caricias y sintiéndolo dentro de ella como sentía su propio y alocado corazón, sabiéndose poseída hasta el límite de sus fuerzas y experimentando las vivencias más sensacionales que hasta entonces habían desfilado por su existencia, Estibaliz conseguía alcanzar las cotas máximas de realización, descubriendo a la vez el verdadero sentido de la vida.

Un día y otro habían sido absorbidos por aquel huracán alucinante que embriagaba los sentidos de ambos y que hacía del cuerpo desnudo de los dos uno solo... un día y otro se habían fundido en paradisíaca simbiosis que les transportaba a la dimensión de los sentidos, de la máxima expresividad corpórea, al entendimiento total de la carne y el espíritu.

Habían sido horas en las que el tiempo permaneció fuera de

ellos; en las que el tiempo no contaba para nada, pero en cuyo transcurso se sucederían mil y una imágenes que jamás, ni él ni ella, podrían olvidar.

Había sido, simplemente: todo.

De ahí. pues, que Estibaliz Hunter, hacinando el caudal verdoso brillante en la arrogante y masculina figura de Bannister, hubiera preguntado intencionadamente como respuesta al anterior comentario de él:

—¿De veras deseas volver... esta vez?

Lew le ofreció una reconfortante y cálida sonrisa.

—No veo que tengan que cambiar las cosas por el hecho de estar en tierra firme.

—Es mucho más romántico amarse al amparo de las estrellas y formando parte del azul excitante de les espacios siderales. Es como quererse en el cielo... Y quererse en el cielo es quererse más que quererse en la tierra.

—La intensidad del querer está en ti y en mí, pequeña. No en el entorno ni en la ubicación geográfica.

Ella se alzó de la butaca que ocupaba en la sala central y de mando de la Microexplorer V para salvar la distancia que la separaba de Lew, empinándose sobre la puntera de las botas plateadas también como el uniforme, y besar la boca carnosa de él.

Lew recibió con agrado la estimulante caricia, ciñendo a Estibaliz por el breve talle, apretándola contra él hasta sentir gráficamente el fuego de sus pechos y el contacto excitante de los mismos contra su tórax viril, para ampliar aquel ósculo ardiente saboreando los labios juveniles y jugosos de la hembra jovencísima.

—No trates de desplazar el... el romanticismo — .jadeó ella, sin apenas aire en los pulmones, cuando Bannister dejó su boca el libertad.

—Estamos en el siglo XXV, preciosa, ¿lo habías olvidado? Año de gracia o de k> que sea, 2439.

Iba ella a replicar algo cuando se filtró en la íntima y cálida conversación la voz de Howars Raines, encargado del control y externocomunicaciones de la Microexplorer V, diciendo:

—Perdonad que interrumpa un retazo de vuestro tórrido idilio, pareja. Hay una llamada de la Tierra para ti, Lew.

—¿Quién...? —arqueó las cejas el comandante de la nave,

ladeando la testa hacia el lugar que ocupaba Raines en la sala de mando.

—El general Powell.

—¿El general Powell? —repitió Bannister con vivo asombro—. ¿Qué corto quiere de mí?

—¿Por qué no se lo preguntas a él, eh? —hizo un guiño elocuente-el otro—. Lo tenemos en pantalla.

Tomó asiento el máximo responsable de la Microexplorer V frente al visor de telespace. Estibaliz fue tras 61 y apoyándose en el respaldo de la Sofisticada butaca que ocupaba Lew, inclinó la cabeza para juguetear con sus labios y lengua en la nuca y orejas del hombre.

—¡Quieta, diablos! ¡Me estás haciendo cosquillas, preciosa!

—¿No pueden dejar I06 esparcimientos eróticos para mejor ocasión, comandante? —preguntó Terence Powell desde la Tierra.

—Perdón, mi general. Estate quieta, Estibaliz... ¿quieres buscarme la ruina? Adelante, mi general, adelante. Le escucho atentamente.

—Deduzco, comandante, y perdone mi atrevimiento, que está usted viviendo la más apasionante historia de amor y pasión que le ha sido dada desde los inicios de su existencia... ¿es así?

Lew Bannister le dedicó una inocente sonrisa al rostro que le observaba con atención e ironía desde el centro del visor de telespace.

Afirmó:

—Así es, mi general. Y le felicito por su exquisita intuición y fina perspicacia.

—Se lo agradezco, de veras. Se lo agradezco —sonrió a la par, conejunamente, el que se hallaba en la Tierra. Murmurando—: Oiga. Bannister...

—¿Si, general Powell?

—Voy a ofrecerle la oportunidad de vivir paralelamente a esa emocionante aventura amorosa la más excitante odisea profesional que pueda apetecer cualquier miembro del Control Security Kosmos.

—¡No me diga! —exclamó con fingida satisfacción el responsable de la Microexplorer V.

—Te está engañando. Lew... —le susurró al oído la dulce y tentadora Estibaliz—. Verás cómo se trata de algo en lo que tienes

que apostar tu vida.

—La señorita Hunter tiene muchísima razón, Bannister —sentenció Powell con una nueva y más amplia sonrisa. Agregando—: Le voy a ofrecer la gloria, pero tendrá que arriesgar su vida para conquistarla. De todas formas y como me consta que una de las tradiciones seculares de los enamorados es el ir unidos hasta ¡a muerte, dispondré que miss Estibaliz sea una de las acompañantes que usted tenga en ésa misión de gloria y muerte. O de gloria sólo, si la suerte está de su parte y es, además, todo lo inteligente que yo le imagino.

—Lo soy, general, lo soy. No le quepa Ía menor duda. V... hablando de todo un poco, ¿puede adelantarme algo acerca de esa misión tan llena de gloria?

—Será un placer, comandante —contestó con énfasis burlón el que se encontraba en tierra firme—. Pero aquí,

—¿Cómo.., aquí? ¿Ahí, quiere decir?

—Aquí, sí, en nuestro planeta.

—Me quedan aún seis días de reconocimiento rutinario, general.

—Desde este mismo instante queda dispensado de tan engorrosa y monótona operación de reconocimiento, comandante Bannister.

—¿Me está diciendo que regrese a la Tierra, general?

Se abrió una pequeña pausa entre ambos interlocutores.

Puso fin a la misma la voz, acre en el tono ahora del general Terence Powell, conminando:

—¡Le estoy dando órdenes muy estrictas y concretas de que regrese a nuestro planeta! Deberá tomar tierra en nuestra antigua base de Dawning Island en el menor tiempo posible. En un tiempo récord para ser más exactos.

—¡O. K., mi general!

—Hasta pronto, Bannister.

Desapareció la imagen del general Powell en el visor de telespace, cortándose la comunicación desde la Tierra.

Lew activó una de las células del panel de mandos que correspondía al servicio de fonía interior, preguntando:

—¿Has escuchado al general Powell, Stevens?

Jerry Stevens, veinticuatro años, pelirrojo y coñón hasta la médula, del que nunca se sabía si hablaba en serio o en broma, aunque solía tomarse muy en serio las cuestiones importantes,

segundo comandante de la Microexplorer V y técnico además en cálculos logísticos, dejó llegar su registro siempre irónico hasta los oídos del máximo responsable de aquella astronave rápida de exploración y caza, respondiendo:

—Como el que no quiere, primer comandante.

—Pues como el que quiere, pon rumbo a Dawning Island, segundo comandante.

—Tus deseos son órdenes para mí, Lew.

—Pues deseo que cumplas mi orden a la mayor brevedad, ¿estamos?

—Estaremos en la Tierra en un periquete, primer comandante — siguió en su línea burlona el pelirrojo que se encontraba en uno de los segmentos de mantenimiento.

—Menos de vos no esperaba, mi ínclito amigo. ¡Regresamos a casa!

—Eso… En busca de la gloria.

Bannister devolvió la célula que activara el servicio de fonía interior a su posición de origen.

Saliendo a continuación de su asiento para encararse con Estibaliz.

Cuya cintura ciñó de súbito con brusquedad apasionada para buscar los extraordinarios, rojos, y frutales labios de la hembra.

Ella, sumisa y rendida, se los brindó.

Luego que hubo apurado hasta la última gota del jugo de pasión que destilaba aquella boca enloquecedora, susurró Bannister con voz ronca en la que privaban la avaricia de amor y el deseo:

—Siento que tus labios palpitan dentro de los míos, cuando te beso, como si fuesen dos corazones con vida propia. Noto sus latidos… Y esos latidos llenos de calor, me excitan. Una nube roja empaña entonces mis ojos, un velo cegador obnubila mi mente y sólo tengo capacidad para pensar en la posesión, en la vehemente necesidad que me impulsa a hacerte mía.

—¿Me estás hablando de hacer el amor, Lew?

Los ojos grandes, vivos, verdes y llenos de expresividad de Estibaliz estaban hipnóticamente fijos en las negrísimas y personales pupilas del comandante Bannister.

—Creo que sí… — rugió más que dijo.

La exquisita mujer se apretó con vehemencia sin límites contra el

tórax firme, poderoso, pétreo, de aquel atleta arrollador que se llamaba Lew, con la idea preconcebida de excitarle más y más, mucho más, haciéndole sentir el fuego volcánico de sus pechos cálidos y berroqueños cuyos rígidos, erectos y desafiantes pezones, ofrecían la delirante sensación de querer hurgar obstinadamente en el torso de aquel Apolo de cabellos negros muy rizados y de taladrarlo al fin para incrustarse definitivamente dentro de él.

—Eres varonil, Lew..., brutalmente varonil —susurró Estibaliz con una voz ardiente y rota. Rota por las aristas de la pasión. Añadiendo con insistencia agonística—: Me enajenas. Me trasladas a un universo donde no existe otra cosa que no sea el placer lúbrico que se halla en la fusión de nuestros cuerpos... Y a partir de ese tránsito todos mis sentidos se concentran únicamente en la entrega. No pienso en otra cosa que no sea darte mi carne y gozar cuando presiento que tú gozas en ella. Sólo me importa sentir dentro de mí los chorros encendidos de vida que me inoculas... Lew. Lew, vida mía. ¡necesito que me penetres! Las rodillas me flaquean, mis pechos vibran como cuerdas tensas de un violín, presintiendo la magna interpretación de Ía sinfonía más excelsa del amor, ruge un volcán en mis entrañas, arde mi sexo... ¡Lew, por favor! Lew...

Estibaliz parecía ser víctima de la excitación que pretendía trasladar a él con sus palabras y morir a causa de una especie de orgasmo psíquico que le producía casi idéntico placer que el físico.

—Calla..., por favor. Calla... —aran zarpazos rugientes los que surgían de la garganta de Bannister, cobrando sonoridad a través de los labios, en vez de palabras.

Acariciaba febril las protuberancias de ella, las aprisionaba, y tenía que dominarse a duras penas para no librarla allí mismo del traje espacia! que escondía toda la rotundidad y vehemencia de sus lúbricos encantos.

—Ámame, Lew, ámame con toda la violencia de que seas capaz.

—Estibaliz. Estibaliz...

—Jamás mujer alguna ha tenido el placer de sentirse poseída por un hombre tan maravilloso como tú. Eres herma so. Lew. Pero cuando más me ofuscas es cuando aparece en tus pupilas negras ese brillo rojo de locura, de desesperación. Como ahora... Es maravilloso comprender que me estás devorando con la mirada. Hombre.. Eres el más hombre de todos los hombres del universo.

Las manos de Bannister, lejana ya la razón de su mente, procedieron casi a destrozar la envuelta espacial plateada que cubría el cuerpo ígneo de aquella valquiria loca. Loca por él. Loca por su amor. Loca por su cuerpo de dios mitología} que le hacía olvidar la lógica que debía presidir los actos humanos para apasionarla en Ía ilógica del más ancestral, primitivo, violento, de los deseos.

-Hombre... ¡HOMBRE!

Lew estaba ciego. Los instintos de la bestia superaban a la ponderación, precisamente, del hombre.

Aquello era otra dimensión. Una frontera distinta.

Deseo, pasión, sexo y placer, se conjugaban en un mismo verbo. Y ese verbo se conjugaba en primera persona y en presente de indicativo.

Estibaliz, excitante al límite, seguía postulando las virtudes masculinas de él y resumiéndolas en una sola y única palabra:

-HOMBRE..

Efectivamente. Sí.

Lew Bannister era muy hombre. Tanto en lo referente a su capacidad personal y profesional, como desde la perspectiva observadora de Estibaliz al insistir en aquel juicio pronunciando agotadora e insistentemente el vocablo: HOMBRE.

Cualquier hembra lo habría pensado y dicho.

HOMBRE...

Varonil y masculino hasta la saciedad. Apuesto. Excitante y arrollador. Personalísimo, Con un acusado sui géneris. Con una impronta genuina que le hacía único e incomparable.

Los ojos de las mujeres se habían extasiado desde siempre en la contemplación arrobada de aquella silueta ágil, musculosa, de significados y estremecedores bíceps que daban a sus brazos aquel estigma que lucieran en los antiguos circos romanos gladiadores y algunos tribunos. Luego estaban los trazos supremas de aquella naturaleza que tenía reminiscencias ligadas al Olimpo de las deidades paganas plenas de belleza y apostura. Las piernas musculosas que parecían cinceladas en bronce sobre las que se afianzaba un talle escueto de¡ que partían desde cada lado y en diagonal ascendente las dos líneas sólidas, maestras, que habían de estructurar el vigor granítico de un pecho poderoso a base de nervio, músculo y fibra. Seguía el cuello esbelto, pleno de dúctil

independencia, soporte de un rostro en cuyas correctas facciones estallaba el máximo caudal de su atractivo protagonizado, tanto por los labios sensuales, como por la firmeza de las mandíbulas, lo mismo que por unas negras y penetrantes pupilas que eran dos noches misteriosas en cuyo interior debía hallarse la explicación de los mil y un encantos que le habían sido generosamente confiados a aquel…

HOMBRE…

Los labios de Estibaliz estaban devorando los del hombre.

Y se lo repetía hasta la enajenación:

—Hombre… HOmbre… HOMbre… HOMBre… HOM-BRe… ¡AMAME POR ENTERO, HOMBRE! ¡POR ENTERO SOY TUYA, HOMBRE!

Estallaba al máximo, ahora, aquel clímax que había ido creciendo día a día en el corazón y en la carne de Estibaliz Hunter, haciéndola saber que aquél sería el único hombre de su vida. El mejor. El que podía darle lo máximo.

Haciéndola saber que estaba loca, desesperadamente enamorada de Lew Bannister.

Del hombre.

Y el hombre la poseyó.

Sin más.

Con toda la plenitud de sus fuerzas.

Llevándola a la gloria

A una gloria muy distinta de la que Terence Powell le había prometido al comandante en jefe de la Microexplorer V.

CAPITULO IV

La puerta de Ía modernísima y funcional celda —pero celda para la privación de libertad momentánea al fin y a la postre—, regida por control remoto electrónico, se abrió de par en par.

Martin J. Corlan, el adelantado en astronomía y mantenedor de ciertas tesis y teorías que habían alarmado notoria y notablemente al presidente de los Estados Unidos de Todas las Américas, asomó por el abierto umbral con precaución y tino.

Pero también con expresión de furia.

Con expresión rabiosa.

Indignada hasta la enésima potencia.

Dicho de una forma más vulgar, pero no menos gráfica: echando lumbre por las muelas.

Convertido en un basilisco.

Soltó, primero, una estentórea imprecación.

Luego, al captar dentro del enfoque visual de sus pupilas oscuras, turbias, la figura grande de rostro sanguíneo, apoplético, que pertenecía al general Terence Powell, secretario de Defensa de la Casa Blanca, largó un espectacular taco.

Más que eso, insulto.

Dirigido a Powell, por supuesto.

Powell, tolerante y conciliador, porque así le convenía sin lugar a dudas, sonrió.

—Es usted extremadamente irritable, adelantado. Cosa impropia en un hombre de su talento.

—¡Váyase a la...!

—Por favor, Martin J. Corlan. Por favor...

Estaban uno frente al otro, pero adoptando distintas poses y actitudes. El adelantado en astronomía, con ambos pies dentro aún del recinto que delimitaba la celda, se mostraba agresivo, pero menos que en un principio. Algo le decía en su fuero interno que debía mirar al general Terence Powell más como un amigo... si no amigo al menos aliado, que como un enemigo.

El militar, luciendo una de aquellas sonrisas suyas, falsas, de conveniencia, que trataban de surtir a su rostro sanguíneo y ancho

de una expresividad paternalista que no acababa de cuadrar en sus facciones más bien hostiles y de corte virulento, pretendía generar en el otro aquel sentimiento de alianza, de colaboracionismo, que Corlan intuía.

Era como si en silencio y presididos por un entorno en principio agreste, comenzaran a entenderse.

—El señor presidente dijo... —empezó, titubeante ahora, el adelantado en astronomía.

—El se flor presidente puede decir misa —le cortó, inflexible y tajante esta vez el militar—, y yo... no asistir. ¿Me explico, profesor?

—Adelantado, se lo ruego. Adelantado.

—¡Déjese de tonterías, Corlan! Estoy hasta las narices de sus meticulosas y estúpidas matizaciones. Ya es suficiente de puntualizaciones megalomaníticas. A partir de ahora es usted Martin J. Corlan, ¡y punto! ¡Sígame hasta mi despacho!

Eso hizo el otro, en silencio y obediente.

La estancia, grande y espaciosa, eso sí, que servía de sancta sanctórum a Terence Powell, aparecía austera y exenta de los lujos y comodidades que podían resultar afines al rango militar del secretario de Defensa. Muebles sencillos de línea ultramoderna más en lo que se refería a su practicidad que a lo circunscrito a la parcela deslumbrante, y sólo los justos y necesarios. Una mesa metálica y amplia, a cada uno de cuyos lados tomaron asiento los contertulios.

Powell, obvio, lo hizo en la parte interior.

Corlan, desde la otra vertiente, contempló al general con expresión indecisa y expectante. Se le notaba empequeñecido y mucho menos arrogante de lo que se había manifestado en presencia de Gwen Peter Blair, presidente de Todas las Américas.

—Yo, general —se atrevió al fin—, debería estar recluido en mi observatorio. ¿A qué obedece esa retención por su parte, de mi persona, por el espacio de casi setenta y dos horas?

—¿Me está pidiendo explicaciones. Corlan?

—Sólo en parte, Powell. Es una curiosidad lógica, ¿no le parece?

—Quizá... ¿Es consciente que de cumplir yo las órdenes de! señor presidente, más que recluido, estaría usted confinado en ese complejo sofisticado que se hizo construir en algún lugar de Nuevo México para auscultar el cosmos y tomarle el pulso?

—Pienso que con el tiempo, Gwen Peter Blair, reflexionará sobre

sus iniciales conclusiones acerca de mi persona y ofrecimiento, hasta reconvenir y…

—El presidente, Corlan, habría deseado eliminarle. Así, taxativamente. A Peter Blair y a lo que él representa políticamente no les interesa la existencia física de personas que piensen y razonen como usted lo hace. Como usted lo ha hecho en su presencia Es inteligente pero loco, Corlan; ¿en virtud de qué regla de tres se ha atrevido a formular directamente a él esos razonamientos?

—En función de que es el presidente. El primero. El que decide.

Powell largó una carcajada que reunía desprecio y burla.

—¿Eso se cree usted que hace y es el presidente? ¡Por favor! No me lo imaginaba tan infantil, tan ingenuo. Hasta me suena absurdo que…

—¿Ha insinuado usted hace unos instantes, general, que Peter Blair no ha dictado mi sentencia en función a unos principios morales, reglas de su juego o convencionalismos inherentes del cargo?

—Yo no lo haría tan complicado, profesor. Es usted amigo de los retorcimientos dialécticos, de las florituras verbales y de la demagogia filosófica. Todos sabemos manejar el idioma si nos lo proponemos, Corlan. Pero las cosas son mucho más sencillas de lo que se pretende con los requiebros fonéticos y las paráfrasis altisonantes. Sencillas… Y hay que llamarlas por su nombre. Lo del viejo adagio, adelantado: al pan, pan; al vino, vino. El presidente vería con muy buenos ojos que usted… sufriera un accidente. Y no le encargaría la investigación del mismo a ningún organismo estatal de inteligencia sino que más bien escucharía complacido el informe de un forense amigo en el que se hablara de paro cardíaco o algo por el estilo.

—¿Cuál es su juego, genera!? —inquirió de pronto y evidentemente preocupada la expresión, el astrónomo.

—Ahora es usted más directo. Corlan. Más pragmático. Digamos que yo juego a… —hizo una pausa ostensible, abierta y significativa qué aprovechó para lucir en sus labios una maliciosa sonrisa, antes de espetar—: A solidarizar con sus postulados, profesor.

Martin J. Corlan, ahora, se quedó boquiabierto.

Estupefacto.

Tuvo, incluso, la sensación de que el militar se estaba burlando

de él. Que pretendía desconcertarle para obtener una especie de confesión que le permitiera llevar a término, en su persona, los deseos de exterminio que según palabras de Powell albergaba hacia él la primera autoridad todoamericana.

Le pareció que estaba en falso. Al descubierto. A merced de aquel individuo con estrellas de general en la bocamanga e inteligencia ratonil, astuta, dentro del cerebro.

Articuló, no obstante, con manifiesta y audible torpeza:

—¿Que..., que está usted de acuerdo con el..., el HOLOCAUSTO? ¿Que admite la posibilidad de esa Tercera Guerra Mundial y Primera Nuclear? ¿Que... o sea, que usted simpatiza con la idea de exterminar el bloque oriental y está a favor de la continuidad de nuestra especie, de... los nuestros, en esa otra galaxia por mí descubierta donde existe un planeta como la Tierra, exactamente igual a la Tierra?

—Admitámoslo... —no arriesgó demasiado, en principio, a la hora de aseverar, el general. Y añadió—: Hay una frase que usted ha dirigido al presidente, Corlan, que puede decirse me ha llegado al alma

—¿Cuál...? Le he dicho tantas.

—A ver, a ver si consigo recordarla textualmente —se mordió el labio inferior Terence Powell, fingiendo concentrarse en actitud harto meditativa. Repitió—: A ver... ¡Ah, sí! *Abortamos la tendenciosa sediciosidad del marxismo-leninismo que aún en 2439 corroe, corrompe y manipula las mentes más primarias y elementales, reorganizando luego la humanidad en un mundo nuevo donde las gentes vivirán felices de acuerdo con unos parámetros democráticos en los que priva-tice la libertad.... la libertad de clases y el respeto al ser y a la propiedad*. Bravo, Corlan, bravo —apostilló el militar. Inquiriendo—: Es usted un imperialista al parecer, ¿no?

—¿Y usted, general?

—Digamos que soy un enamorado del orden, la disciplina. el sentido de la obediencia, el poder y la aceptación tácita de éste...

—Como yo, Powell, como yo. Con la ventaja por mi parte de haber descubierto otro mundo lejano, igual a éste, en donde podemos perdurar una humanidad nueva, definitiva, y mucho mejor que ésta. Una tarea selectiva adecuada nos puede llevar a la perfección humana en el futuro de ese otro mundo que está ahí, a

nuestro alcance.

—Su doctrina filosófico-política me recuerda la de un personaje histórico que en el siglo XX ocupó páginas y derramó nos de tinta y sangre. Fue el padre del Tercer Reich alemán y el alma mater del nacionalismo germano. Mal... acabó muy mal Adolf Hitler.

—Esto de ahora es distinto, general. Además, Hitler era un loco. Su poder dialéctico y su magnetismo para arrastrar masas le hicieron alcanzar sin esfuerzo lo difícil y su demencia visceral le hizo perder lo fácil.

—Yo. Corlan, no me atrevería a decir que usted está excesivamente cuerdo.

—¡General! —protestó, con su excesiva energía, el astrónomo.

—No tiene que sentirse necesariamente ofendido frente a mis apreciaciones, adelantado. Olvide las posturas convencionales y sea más natural, más usted mismo. Estoy de acuerdo con el génesis y espíritu de su teoría, Corlan, sí... Pero hay puntos que no veo claros. Que me preocupan notablemente.

—¿Como cuáles, general Powell?

Frunció el militar las hirsutas cejas para luego abrirlas, arquearlas en pronunciado interrogante.

Prolongó aún. no obstante, aquel silencio en cuyo interior parecía meditar muy seriamente diversas cuestiones del índice programático expuesto tres días antes a Peter Blair, number one todoamericano, por parte del versado en astronomía.

Murmurando al fin.

—Usted le dijo al presidente que podía garantizar que quienes sobrevivieran para continuar la existencia o perpetuación de nuestra especie en la otra Tierra, serían los del bloque occidental. Y creí entender entre líneas que se iba a tratar de una minoría del susodicho bloque...

—En efecto, genera!. Una minoría seleccionada. Los mejores. Aquellos que puedan garantizar un máximo de infalibilidad a la hora de nuestra perpetuación. Quinientos milhombres y mujeres. Auténticos superdotados en todos los sentidos. En lo físico y en lo psíquico. Cabe estudiar la posibilidad de programar sus psiques, interviniéndolos quirúrgicamente, para obtener en la descendencia un exquisito y elevado grado de aceptación y aquiescencia a las normas establecidas.

Un rictus extraño comprimió con fuerza las facciones apopléticas del militar.

—Insisto... —hablaba sin mirar rectamente a los ojos menudos del encogido astrónomo—, insisto, Corlan: ¿quién nos garantiza que esos quinientos mil sobrevivirán en la hora final del holocausto?

—Es sencillo, general —sonrió por primera vez en el transcurso de aquella conversación con su anterior talante de jactancia, con el aire suficiente y casi autoritario con que se había producido en presencia de Gwen Peter Blair, el adelantado en astronomía y auscultador de los espacios siderales Martin J. Corlan. Sentenciando —: Habrán partido hacia nuestra galaxia gemela, hacia nuestra otra y lejana Tierra, antes... ANTES DE QUE SE PRODUZCA EL PRIMER ES TALLIDO DE NUESTRA TERCERA Y NUCLEAR GUERRA MUNDIAL. Sencillo, general. Muy sencillo, ¿no le parece?

Si experimentaba asombro o sorpresa, si le parecía aquello lógico o ilógico, Terence Powell se guardó muy bien de traducirlo a través de una expresividad determinada. De un gesto que delatara la concreción de sus pensamientos, conjeturas o resultantes.

Se mostró hermético, inaccesible, como ausente incluso diñase. Pero la única y auténtica realidad era que Terence Powell estaba muy centrado, integradísimo, en aquella delicada cuestión que estaba debatiendo con Corlan y sabedor que de las decisiones que él tomara con respecto a aquello dimanarían, sin duda alguna, trascendentales cambios en lo concerniente a la historia de la humanidad.

Simplemente, quiso saber:

—¿Cómo, adelantado?

—No entiendo, general —repuso el otro con ligero desconcierto.

—¿Cómo se efectuará el traslado de esos quinientos mil selectos a la otra Tierra?

—¡Ah...! —sonrió ahora. Y tras una fugaz pausa se dispuso a relatar—: Esta preguntó la esperé en su momento de labios del presidente, para responderla así: Ciertos expertos en astronáutica y comunicaciones físicas espaciales que trabajan para mí en el complejo de Nuevo México han diseñado y comenzado a construir, la Hipercomplespace I, astronave con capacidad para cien mil personas que puede desarrollar una velocidad de crucero superior a los mil años luz/hora. Con cinco viajes... o con un solo viaje en el

supuesto de que se financie la construcción de cuatro nuevas Hipercomplespace I, el grupo de escogidos se plantará en nuestra nueva Tierra en, digamos exagerando, un abrir y cerrar de ojos.

—Pero antes, Martin J. Corlan, habrá que obtener garantías fehacientes de que todo es como usted dice. De que esa galaxia gemela está ahí, o allí, y de que esa copia del planeta Tierra que forma parte del sistema solar de esa otra galaxia, que a fin de cuentas es ella misma, porque entiendo a la par sistema y galaxia., —un alto fugaz y con énfasis—: Que esa copia de la Tierra, decía es eso que usted ha dicho: otra Tierra en la que los humanos pueden perpetuarse sin el menor problema de adaptación. Eso, Martin J. Corlan, hay que comprobarlo antes de enviar esa expedición medio millonaria en número…, ¿no cree?

—En efecto, general. En efecto… Debe obtenerse esa confirmación. Lo tenía previsto, obvio.

—¿Cómo, adelantado? ¿Cómo ha previsto que debe efectuarse esa misión, digamos de reconocimiento?

Sonrió, otra vez con suficiencia aunque controlada, dado que la presencia y actitud del general recordaba sus ínfulas, el astrónomo,

Respondiendo:

—De la misma forma — procuró que su entonación no trasluciera jactancia ni aires de superioridad—, general, que Neil Armstrong, Michael Collins y Adwin Aldrin, pisaron por primera vez la superficie de nuestro satélite natural yendo a la Luna (Neil Armstrong. Michael Collins y Adwin Aldrin, comando treinta y ocho años de edad los tres en 1969, siglo XX, fueron los primeros mortales en sentar sus reales en la Luna. El lanzamiento del Apolo II (vehículo espacial en el que iban a viajar) desde Cabo Kennedy, tuvo lugar a las 9 horas y 32 minutos (hora local) del 16 de julio de 1969. La nave espacial pesaba 45.360 kg y fue puesta en órbita por el potente cohete Saturno. El módulo lunar de la nave tocó la superficie selenita el 20 de julio a las 16 horas y 17 minutos. El primero en pisar la Luna fue Neil Armstrong, quien dijo: «Es un paso pequeño para el hombre, pero un salto gigantesco para la humanidad». En el momento de pronunciar esas palabras eran las 22 horas y 56 minutos del día 30 de julio de 1969 fecha, sin duda, histórica en los anales de la Creación. Y puede decirse que éste fue el primer paso serio, firme, que el hombre dio en su carrera por la

conquista del espacio.). En este caso, yendo a nuestro nuevo mundo. Hay que encontrar al responsable idóneo y una tripulación acorde que lo acompañe.

Fue ahora Terence Powell quien obsequió al otro con una amplia sonrisa casi ostentosa.

—Tengo al hombre y dispongo de la tripulación adecuada. Ahora, en este momento, se encuentran de regreso a la Tierra, puesto que acabo de relevarles de la ingrata y rutinaria tarea que estaban realizando por algún lugar del infinito. Son miembros, obvio, de la organización espacial que yo dirijo: la Control Security Kosmos. Gente experta. Extraordinarios profesionales. Irá al mando de ellos un tipo inconmensurable que se llama Lew Bannister. Un auténtico fuera de serie, palabra. Y, hablando de todo. Corlan... ¿en qué viajarán a nuestra otra Tierra, eh? Imagino que también tendrá previsto ese insignificante detalle, ¿no es cierto?

—¡Naturalmente, general! —estalló, casi complacido ante la duda irónica del otro, el adelantado en astronomía y puede que hasta en locura. Extendiéndose-—: Los técnicos en astronáutica y comunicaciones físicas espaciales de que le he hablado hace unos instantes han diseñado y construido a la par que el Hipercomplespace I, un ingenio volador que asombraría a los más expertos. Una astronave rápida totalmente computada con microordenadores infinitesimales que lo mismo puede ser manejada por quienes la tripulen que por les tres androides de servicio permanente. Es un aparato que detecta por sí mismo los errores y averías, corrigiendo aquéllos y reparando éstas. Los tripulantes, cuando quieran ejercer directamente el control, podrán hacerlo a través del sistema fotofonocomputado que les permitirá dominar la situación en todo momento, sirviéndose de la voz. Sólo hablando, ordenando oralmente, la nave prestará exacta obediencia. Se mueve por medio de energía laserionizada que le permite viajar a una velocidad media de cien mil años luz a la hora. La hemos denominado Turboflash X.

Esta vez, el general Powell no supo ni quiso ocultar su admiración y asombro por cuanto acababa de escuchar. Y aunque en principio, incluso, le había parecido increíble, estaba en la inteligencia de que todo cuanto acababa de confiarle el versado en astronomía era una respuesta a la más estricta realidad.

—¡Sensacional! —exclamó. Añadiendo incontenible—: Sigo pensando que todo esto es más propio de un loco que de un genio. O quizá… dicho de otra forma, de un loco genial. Dígame otra cosa. Corlan, ¿cuándo estará dispuesta para entrar en servicio esa Turboflash X?

—Hoy…, ahora. En este mismo memento.

—¡Alucinante! Palabra que todo esto es alucinante. O sea… ¿que pueden partir hacia esa galaxia gemela y su nueva Tierra en cuanto regresen, no?

—Exacto, general. Exacto. Si están aquí dentro de un minuto, pueden subir a bordo de la Turboflash X y partir. General…

—¿Sí?

—¿Debo entender que acepta mi proyecto y está dispuesto a compartir la responsabilidad de llevarlo a la práctica?

Terence Powell arqueó las cejas fingiendo sorpresa. Para interrogar con buena dosis de socarronería:

—¿Usted qué cree, adelantado?

—Bueno… En principio he pensado y creo que con buena lógica que usted compartía la actitud de Gwen Peter Blair y que estaba dispuesto a cumplir sus instrucciones, con respecto a mí. a rajatabla. Después de saberme, aunque sólo fuera momentáneamente, encarcelado y bajo su directa jurisdicción, ¿qué otra cosa podía imaginar?

—Pues ya ve que no es así. Que se ha equivocado usted en sus previas composiciones de lugar.

—¿Y el presidente, general? —insistió, con cierto nerviosismo ahora, el astrónomo—. Tendremos que actuar a espaldas de él. Eso, según los criterios de la mayoría gobernante me suena a traición, o sedición por lo menos. Quizá rebeldía contra el sistema podría ser lo más ajustado…, no sé. Lo que sí está en claro es que vamos a ponernos fuera de la ley. Será necesario engañarle, engañarles a todos… Eso me complace, general. Sí. ¿Por qué negarlo? Pero no puedo evitar al mismo tiempo que me preocupe la figura del presidente.

—Sí, si… —sonrió de una manera extraña, criminal diñase, el militar—. Claro, Martin J. Corlan, claro. También a mí me preocupa. No es lícito, lo sé, actuar a espaldas del presidente. Pero no estoy de acuerdo en los términos traición y sedición. Nosotros, adelantado,

vamos a hacer lo que consideramos mejor para la humanidad en aras de su perpetuación y en pro de un mejoramiento de la misma condición humana. Nuestra actitud cabe calificarla de altruista y sublime...

—Visto así, es posible. Pero...

—Además, y por lo que se refiere al señor presidente —continuó su perorata el secretario de Defensa de la Casa Blanca, obviando e ignorando la interrupción de su un tanto trémulo interlocutor—, estoy convencido de que, desgraciadamente..., desgraciadamente por supuesto, hallará la muerte en el transcurso de ese holocausto que usted y yo vamos a desencadenar. Incluso, eso puede suceder antes. Gwen Peter Blair es posible que deje de existir antes de que se produzca ese magnicidio, en el caso de que eche al traste todos nuestros esfuerzos o de que pueda constituirse en un serio obstáculo para la realización de los mismos. Hay emergencias que deben... resolverse en el momento en que se plantean y según la forma en que se producen. ¿Me comprende, verdad, adelantado?

—Creo que sí, general. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

Hizo un gesto grandilocuente el militar.

—¡Por favor!

—¿Contaremos con gente adicta y convencida que secunde con ansia de éxito nuestro proyecto?

Se mordió el labio inferior Powell en una actitud que en principio parecía meditativa, pero, que a tenor de la amplia y convencida sonrisa que le siguió, no era más que una constatación afirmativa a las dudas expresadas por Corlan en su interrogante.

Contestándole:

—Obvio que contaremos con esa gente, Martin J. Corlan. Obvio... Yo ya sé ahora, en este momento, con quiénes puedo contar, con aquellos que nos ofrecerán su adhesión inquebrantable. Los otros, los que podrían albergar dudas o hacer consultas y cábalas perniciosas, serán convenientemente engañados. Como el mismo presidente, aunque éste no colabore. El primero al que tendremos que tergiversarle la verdad es el comandante de la Control Security Kosmos, Lew Bannister.

—Y... ¿y si llegara a sospechar algo? Eso pondría en gravísimo peligro la misión de la Turboflash X que él va a capitanear.

—¡Imposible, adelantado! Bannister y su tripulación partirán

inmediatamente. Y desde esa astronave, con las únicas personas de esta Tierra con las que podrá obtener contacto, seremos usted y yo. O aquellos en quienes deleguemos, seguros de su fidelidad a la causa.

—Usted también se me antoja un hombre muy válido e inteligente, general.

Hizo Powell un gesto de falsa modestia. De fingida humildad.

Contradiciéndose lo que pretendía en ademanes a tenor de su petulante respuesta:

—Tenía que serlo para entender su proyecto, aceptarlo y otorgarle mis bendiciones y patrocinarlo. ¿No…?

—¡Por supuesto que sí, general! ¡Por supuesto! —le halagó, falaz y rastrero, el adelantado en astronomía.

Tras un breve silencio en el que ambos prefirieron vagar la mirada por diferentes ángulos de la amplia y austera estancia que convergería en busca de adivinar los mutuos pensamientos, inquirió el secretario de Defensa con suave sonrisa en los labios:

—¿Qué le parece si me acompaña a la antigua base de la Control Security Kosmos, para darles la bienvenida a los intrépidos tripulantes de la Turboflash X, eh?

—Usted manda, general, —respondió de un tirón, como si su obediencia y sometimiento a la voluntad del otro estuvieran programados, falsa pero necesariamente programados por el momento en el interior de su cerebro, Martin J. Corlan. Exclamando en un rapto que pareció del todo espontáneo—: ¡General!

—¿Alguna otra pregunta, Corlan?

—Sí, sí… Si me lo permite, claro.

—Por supuesto. Le escucho.

—¿Cuántos tripulantes piensa que acompañen a Lew Bannister a bordo de la Turboflash X?

La respuesta no se hizo esperar. Fue rápida y discreta. Como programada y prevista también:

—Tres… Exactamente los mismos que le acompañan en sus misiones rutinarias de reconocimiento por el espacio a lomos de la Microexplorer V. Estibaliz Hunter, una preciosa e inteligentísima rubia dieciochoañera, experta en mecanismos de seguridad, ataque y defensa…

—Poco trabajo tendrá en el puente de mando de la Turboflash X

—se introdujo con orgullo en la oratoria del militar, Martin J. Corlan, como arrogándose la absoluta paternidad de todos los adelantos técnicos que aquella nueva nave incorporaba a los medios de comunicación física espaciales—; hablando, como le he significado antes, podrá solventar todos los problemas que se le presenten.

—...Howars Raines, un fulano competente al máximo, que se encarga del control y las externocomunicaciones; y por último, ese jovial pelirrojo que atiende por el nombre de Jerry Stevens y que es una verdadera maravilla a la hora de elaborar cálculos logísticos. Esa, mi querido adelantado, es la tripulación que ocupará la Turboflash X bajo el mando del comandante Lew Bannister. ¿Alguna objeción?

—En absoluto. Me parece perfecto.

—¿Nos vamos. Corlan?

—En cuanto usted lo decida, general. Usted manda...

Una extraña sonrisa floreció en los granates y ajados labios del militar.

Significando, enfático:

—No sabe cuánto y cómo me gusta que lo reconozca así, adelantado. Pienso que siendo así, usted y yo nos llevaremos a la perfección para ser un día, ¿qué duda cabe?, los cerebros y corazones, el centro neurálgico de esa otra Tierra donde nuestros elegidos perpetuarán la especie humana. Pasados cientos, miles de años qui2á, ambos, Corlan, seguiremos siendo actualidad. Se pronunciarán nuestros nombres con vigencia por los labios de las generaciones venideras.

—¡Esté seguro de ello, general!

Instantes después abandonaban el despacho del secretario de Defensa de la Casa Blanca —de aquel que estaba dando los primeros pasos para traicionar cobardemente al inquilino de la Casa Blanca, al primer ciudadano todoamericano que un día depositara en él toda su fe y máxima confianza— para, a bordo de un astromísil ligero biplaza con cabina independiente para un piloto, trasladarse a la que fuera base del CSK, Dawning Island.

CAPITULO V

Parecían insectos detenidos encima del agua y hundidos los aguijones en ella, tratando de mitigar su desesperada sed.

Insectos sin alas.

Inmóviles.

Repartidos sobre la inmensa quietud del océano.

Once mil quinientos kilómetros cuadrados de vida dentro del Atlántico.

Las islas Bahamas.

Legendarias.

De siempre.

Frente a las costas de Florida, al oeste de West Palm Beach, punta subtropical ubicada al noroeste de los Estados Unidos de Todas las Américas, el más lejano insecto alargado, sinuoso, respondía al nombre de Pequeña Abaco.

Sobre la línea del difuso horizonte, en aquel punto imaginario donde el mar se juntaba con el cielo, uniéndose ambos en azulada e idílica simbiosis, un borrón, un diminuto insecto, un pedazo de tierra aislado, solitario, desértico en apariencia, se hallaba mecido al arrullo de las aguas atlánticas.

Al noroeste de Pequeño Abaco.

Dawning Island. Isla de la Alborada.

Contaba una antiquísima leyenda que Fire Idol (Dios del Fuego) quiso castigar un día la perversidad y avaricia del hombre blanco que exploraba las entrañas de la isla de Miniwi en busca de ricas vetas de un metal precioso, dorado y reluciente. En los albores de una triste madrugada rugió poderosa, horrísona en potencia la voz de Fire Idol, desde lo más recóndito e ignorado de las entrañas de la tierra y la isla de Miniwi, conmovida desde sus mismos cimientos en aras de una horrenda explosión, saltó por los aires convertida en pedazos de fuego, de agua incandescente, cegadoramente espumosa, hasta mutarse en un puñado de esparcidas cenizas.

El puñado más grande de esas cenizas quedó flotando sobre el océano, lejos de las demás islas, solitario. Maldito. Sin que nadie se atreviera a pisarlo.

Con el paso del tiempo, Dawning Island se transformó en una especie de vergel tropical. Asomó, al sol y a las aguas, una vegetación agresiva, tupida y lujuriosa. Se alzaron, vio lenta y desafiantemente erguidos, provocadores arbustos que estiraban al cielo sus atrevidos penachos. Anidaron por los alrededores cantarinas aves que poblaron el lugar con insólita mescolanza y abigarramiento de variopintos gorgoteos musicales. Se fue extendiendo, en una palabra, la vida animal.

Pero el hombre, la bestia supuestamente racional de la creación, no se atrevió nunca, jamás, a hollar Dawning Island.

Desde el mar, la carencia de playas mostraba la isla como un jugar inaccesible, inhóspito. Por todas partes se alzaban rocosos y puntiagudos acantilados mostrando sus pétreas aristas plenas de belicismo, que ascendían verticalmente desde el linde con las aguas del océano.

Mas, pese a la leyenda, pese a lo inexpugnable del lugar, alguien se acordó en un momento determinado de la existencia de Daw ni n Island.

Eso vino a suceder, aproximadamente, allá por el año 1969, en el decurso del último tercio del siglo XX.

El Gobierno de los entonces llamados Estados Unidos de América, al crear la modernísima organización —calificativo que se expende acorde con la época— de superagentes DANS (Departamento Atómico Nacional de Seguridad. Sin duda alguna, los lectores recordarán aquella famosa colección de novelas que bajo el genérico ENVIADO SECRETO, publicó esta Editorial entre los años 1967-70, en la que se narraban las aventuras fascinantes de cuatro superagentes de la organización DANS (Donald Evans, Bel Bassiter, Johnny Klem y Mike Bannion), debidas a las expertas plumas de Frank Caudett, Clark Carrados, Silver Kane y Burton Haré. Más recientemente, en el número 684 de la colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO y con el título de Los que no están. Frank Caudett nos presentaba un argumento protagonizado por el hijo del legendario y mítico Donald Evans.), convino que aquél era el lugar más acertado, el idóneo, para instalar la neurosis direccional de tan poderoso organismo.

Y así, tras una ardua tarea en la que se había invertido mucho tiempo y notables cantidades de dinero, Dawning Island quedó

convertida en un fabuloso directorio del ente de inteligencia más espectacular creado durante el siglo XX.

Luego, con el paso de años y siglos, desapareció el DANS, dejando su lugar a otros organismos y entidades más cualificadas, modernas, ágiles, acorde con las exigencias de las épocas que se iban sucediendo.

Dawning Island, finalmente, regresó a su ignoto ostracismo anterior.

Volvió al olvido.

Hasta que a principios del año 2407 y con motivo de fundarse la CSK o Control Security Kosmos, alguien pensó nuevamente en Dawning Island decidiendo adecuarlo a las exigencias del entonces y convertirlo en la Base de Lanzamiento y Aterrizaje de las naves de aquella organización que en adelante patrullarían por los espacios de acuerdo con las zonas del mismo delimitadas para cada nación. Así pues, el sistema cardiovascular del CSK en lo concerniente al segmento todoamericano, quedaba definitivamente ubicado en Dawning Island.

Pero 25 años después, en el 2432, la base del Control Security Kosmos era trasladada a otra zona del continente, si bien en esta ocasión, Dawning Island seguiría perteneciendo al CSK, organismo que, desde entonces, tendría destacado allí un número reducido de personal que debería encargarse de la conservación y mantenimiento de todas las instalaciones de Dawning Island.

De ahí, pues, que en el 2439 los mecanismos de la isla de la Alborada estuvieran en un excelente grado de puesta a punto y listos siempre para entrar en funcionamiento.

Como les sucedía, obvio, a las rampas receptoras de vehículos espaciales para su toma de tierra en la antigua base, a las cuales, todo hay que decirlo, se había dedicado en todo momento una atención preferencial.

Respondían a un ingeniosísimo dispositivo fotomagnético que operaba por medio de helioenergía que se distribuía a través de unas células, las cuales, a su vez, recogían el alimento solar para codificarlo y distribuirlo de acuerdo con los cálculos computados al respecto.

Unas circunferencias metálicas en apariencia pero construidas luego de obtener una materia procedente de distintas aleaciones,

cada una de las cuales arrojaba milimétricamente el mismo diámetro que hubiera matematizado cualquiera de las Microexplorer V en servicio, se alojaban por obra y gracia de un sistema de recogida y despliegue fotoelectromagnetizado, dentro de un supuesto armario circular que albergaba quince plataformas, el cual podía dar cabida a otras tantas Microexplorer V.

En el momento de producirse la toma o aterrizaje, la circunferencia platafórmica correspondiente entraba en servicio, desplazándose hacia el exterior, cobrando presencia física externa, para recibir sobre ella la astronave. Luego, entrando en movilidad por medio del sistema y energía descritos, regresaba a su lugar de origen, ocultando por entero a la Microexplorer V recién recogida.

Pero, justo e importante es significarlo, en los últimos siete años, pocas ocasiones de entrar en funcionamiento habían tenido las plataformas receptoras instaladas en Dawning Island.

Puede incluso que aquélla fuese la primera oportunidad que tenían de actuar tras algo más de un lustro sumidas, casi, en el anonimato.

Y no dejaba de ser extraño que así sucediera.

Por eso Lew Bannister, que acababa de hacerse con los mandos de la Microexplorer V que tenía bajo su directa responsabilidad, dispuesto a iniciar la maniobra de aterrizaje, le dijo a su compañera, enigmático y parco si se quiere, como si de un pensamiento en voz alta se tratara:

—Le vengo dando vueltas desde hace unas horas y no consigo entenderlo…

—¿El por qué te doy tanto placer cuando hacemos el amor? —ironizó, siempre agresiva en el terreno sexual, la preciosa y deseable hembra de cabellos amarillos como el oro y cálidas pupilas verdes.

—Eso lo tengo muy claro, prenda.

—¿Me dejas que adivine pues el motivo de tus dudas?

Le dio sonido él a un gruñido afirmativo, apuntando Estibaliz Hunter a renglón seguido:

—No entiendes y te preguntas, por qué después de siete años, según tengo entendido, de no utilizarse oficialmente la base de Dawning Island, el general Powell te ha ordenado efectuar aquí la toma de tierra. ¿Es eso?

—Acabas de dar en el blanco, preciosa.

—¿No se te ocurre respuesta alguna al misterioso interrogante?

—No por el momento — respondió Bannister.

—A mí, sí —fue un tenue apunte en labios de ella. De aquellos labios que hacían del beso la más paroxística locura del placer.

—Suéltalo, nena.

—Una misión supersecreta debe ser esa cuyo premio es la gloria. Por eso te ha mandado posar nuestra Microexplorer V en la isla de la Alborada. ¿Te parece lógico?

—Sí... y no. El rigor secret podía haber sido utilizado en cualquier otro lugar.

—¿Y si se trata de un servicio particular? De algo que Powell quiere llevar a cabo por su cuenta. A espaldas del mando superior, quiero decir.

—Powell no se arriesgaría a encargarme algo importante en plan de tapadillo, como tú insinúas. Tiene que existir otra razón que justifique la toma de tierra en Dawning Island.

—¿Por qué no se lo preguntas al bajar, eh?

—Suena razonable —sonrió Lew, obligando a que la astronave iniciara un picado vertiginoso hacia el corazón de la isla que en su día surgiera de las iras de Fire Idol. Preguntó con rictus inocente esculpido en sus facciones de varonil atractivo—: ¿Me dejas hacer una cosa?

Ella, picara, se ladeó en su asiento para reclinar la cabeza en el hombro fornido de Bannister.

—¿Qué cosa. Lew?

—Comerme ese par de fresas tan rojas y maduras que asoman por fuera de tu boca...

—Hazlo, mi vida. Eres el amo. Pero... ¿y si nos estrellamos?

—Te seguiré amando como un loco en el más allá.

—¿Los espíritus deben amarse... tú ya me entiendes?

—Nunca he sido espíritu.

—¡Ah!

—Comandante Bannister de la Microexplorer V, Diana estableciendo circuito oral con estación de mandos Dawning Island —dijo a través de un microauricular que llevaba junto a la solapa del traje espacial—. ¿Les llego?

—Le recibimos —repuso una voz fina, de corte infantil—. Dispóngase a enfilar plataforma de aterrizaje. Servimos de

inmediato circunferencia de recepción.
—Listo, estación de mandos.
—¡Ahora. Bannister!
—¡Allá vamos! — gritó con cierta emoción febril el primer comandante de la Microexplorer V Diana. Girando la testa hacia Estibaliz pero sin olvidar los mandos ni retirar un ojo de la pantalla visora frontal, inquirió—: ¿Dónde están esas fresas, cariño?
Estibaliz hundió su boca dentro de la de Lew, que permanecía abierta.
—Qué.... ¡qué cosa más sabrosa!
—¿Cómo dice, comandante Bannister? —preguntaron desde abajo.
—¡Oh, nada, nada! Estaba pensando a viva voz.
—¡Pues siga saboreando las fresas..., pero cuando esté encima de la circunferencia! Si se queda clavado de punta contra aquélla lo van a pasar mal, de veras.
—Y no podré saborear nunca más fresa alguna, ¿verdad, estación de mandos de Dawning Island?
—Verdad. Lew Bannister.
—¡Pues fíjese en esto entonces, amigo!
La Microexplorer V, obediente a las expertas manos de su comandante, trazó una eclipse prolongada, vertiginosa, se detuvo de repente en mitad del azulado cielo para, de pronto, recordando un legendario helicóptero, descender velozmente en posición horizontal hasta depositarse con extraordinaria, exquisita suavidad diríase, en lo alto de la circunferencia obtenida con diferentes aleaciones que había surgido con oportunismo matemático a recibir el cuerpo ardiente de Diana.
Se comió las fresas con largueza y avaricia.
—Soy único, prenda. ¿No lo ves así?
—Eres HOMBRE. Y eso sólo lo son una mínima parte de los muchos millones que se llaman así. Haberte encontrado, haber encontrado al HOMBRE, haber hallado a Lew Bannister, es el éxtasis de mi aventura terrena. De mi paso por la Fierra.
—Extraña filosofía, Estibaliz. Pero suena maravillosa. Ah!, no olvides que Powell nos ha prometido otro éxito aventurero...
—¿Qué os parece si salimos, pareja, y nos enteramos de lo que quiere el general, eh? —les interrumpió el jovial y burlesco pelirrojo

que se llamaba Stevens. Añadiendo un nuevo interrogante más irónico a intencionado—: ¿O pretende el primer comandante seguir comiéndose las fresas hasta el día del juicio final?

—¡Jodida envidia! —estalló Bannister, cayendo luego encima del pelirrojo, para propinarle un sonoro golpetazo en la espalda.

—Que me descoyuntas...

—¿Salimos de dudas con respecto a lo que quiere Powell? —era Estibaliz ahora quien preguntaba.

—LO QUE HAN DE HACER —la voz del general Terence Powell estalló como un cañonazo nuclear dentro de la Microexplorer V-, ES SALIR DE UNA PUÑETERA VEZ DEL VIENTRE DE ESA ASTRONAVE, ¿ME HA OIDO, LEW BANNISTER?

—¡A sus órdenes, mi general! —exclamó. Y dirigiéndose a los demás, con gesto cómico en las facciones y voz adulteradamente marcial, preguntaba—: ¿Es que no habéis oído al general? ¡Venga, zánganos, largo de aquí! ¡Fuera de la nave!

Y fuera de ella precisamente, pero sin que esta vez llegase a estallar en su interior, Terence Powell comentaba con Martin J Corlan, aquel loco genial versado y adelantado en astronomía que pretendía la destrucción del mundo para trasladar la vida a su mundo, a aquella otra Tierra lejana que giraba dentro del sistema de otra idéntica Vía Láctea; comentaba el general, decíamos:

—Vale la pena ser tolerante con Bannister porque es único y es al mismo tiempo imprescindible. Es el explorador de nuestro nuevo habitáculo...

—Confía plenamente en él, ¿verdad, general?

—Por ahora..., sí. Por ahora, claro. Si en algún momento el comandante Lew Bannister ha de sufrir un trágico y fatal accidente, lo sufrirá. Lo sufrirá, adelantado..., no lo dude.

—Veo que está usted en todo, general.

—Es la obligación de un militar, ¿no cree? Máxime si ese militar es a la vez secretario de Defensa de los Estados Unidos de Todas las Américas y el hombre de confianza del presidente... Corlan, ¿me escucha?

—¡Por supuesto, general!

—Quiero hacerle una última pregunta antes de acudir al encuentro de Bannister y su tripulación.

—Adelante, general.

—¿Cuándo calcula usted que podemos haber traslado esos quinientos mil seres al otro mundo?

—Si los informes de Bannister son positivos y concuerdan con la logística que desde esta Tierra he establecido sobre la otra, pienso que podría ser cuestión de cuatro o cinco meses a lo sumo.

Terence Powell estuvo inmerso en un rotundo silencio que se prolongó a lo largo y ancho de casi un par de minutos.

Luego, como si se dirigiera a sí mismo, deseoso de escuchar su propia voz, susurró:

—Estamos en marzo de 2439…

—Exactamente, general. Día 26 de marzo de 2439.

—…y eso significa que si todas sus mediciones de tiempo se ajustan a la realidad, para el mes de agosto a mucho tardar, le será declarada la guerra al alineado comunista oriental, precediéndose al lanzamiento de diez misiles cabeza láser, tierra-aire, magnetodirigidos, lanzamiento que efectuaremos con dos aviones especiales desde una distancia mayor que la orbital terrestre en función de su onda de alcance superior al millón doscientos mil kilómetros. ¡Será maravilloso, sí! ¡Maravilloso!

Hasta el propio Martin J. Corlan se sintió sobrecogido al darse cuenta, al ser consciente, de la reacción bélica y destructora que sus teorías habían hecho germinar, engendrado, en el interior de Terence Powell.

La amenaza destructora, el holocausto, iba a ponerse en marcha.

Eran hechos ya. Tangibles y sólidos.

Que iban a sucederse, sí.

Que se iniciarían cuando Lew Bannister partiera a bordo de la Turboflash X a explorar el nuevo mundo, la *otra Tierra*, de la galaxia gemela a la Vía Láctea.

Y sólo quinientos mil, sólo, resultarían ser ¡os elegidos.

CAPITULO VI

—¿Por qué en Dawning Island, señor? —fue la primera pregunta, el «¡hola!», que Bannister le espetó a Terence Powell en cuanto se vio frente a él, despreocupándose de la presencia de aquel tipo anciano y menudo cuya fisonomía nada le recordaba.

El general estereotipó una de sus sonrisas standard. De carácter paternalista ésta,

—Entiendo que desde una óptica de escalafón militar y de la disciplina debida, no está usted facultado para hacer averiguaciones con respecto a mis órdenes, comandante. Pero entiendo que desde una perspectiva humana le debo una explicación... y voy a dársela. Porque desde aquí, Bannister, tenemos radio de fototeletransporte a Nuevo México. Y no sucede lo mismo desde la actual ubicación de la base del Control Security Kosmos. ¿Entiende ahora?

Negó con la cabeza.

—No demasiado —repuso el atlético astronauta de ondulados cabellos negros y vivos ojos de tonalidad misterio que tenía inquisitoriamente clavados en el rostro de siempre apoplético que pertenecía al general Powell. Añadiendo como cuestión de matiz—: Creo entender, no obstante, que vamos a ser fototeletransportados a Nuevo México. ¿Para qué?

—Calma, Bannister, calma Paciencia...

Se encontraban en lo que había sido, allá por el año 1969, el despacho de míster Stanley Barnett (Se refiere al director de la organización DANS. fundada en el siglo XX.) que, con el transcurso de lc6 siglos, no había sufrido excesivas modificaciones.

Tras aquel suspenso pidiendo calma y paciencia que había dejado balancear en el ámbito, prosiguió el secretario de Defensa con un «original» interrogante:

—No han sido presentados, ¿verdad? —miraba a sus dos interlocutores. Aclarando—: Este es el astronauta de quien tanto y bien le he hablado, profesor: Lew Bannister. Lew... el caballero que tiene a su izquierda es el adelantado en astronomía, Martin J. Corlan. Todo un sabio, de veras. Un genio. Debe sentirse honrado al conocerle.

—Por supuesto —Bannister le tendió la mano al otro—: Adelantado, es un placer.

—Igualmente le digo, comandante Bannister. Es cierto que el general Powell me ha hablado mucho de usted. Y todo han sido excelencias.

—El general es muy generoso, adelantado. Y casi siempre exagera. Al menos, en lo que a mí respecta.

—Quisiera conocer a su tripulación, comandante —se interesó el versado en astronomía.

Fueron pues, invitados a pasar, Estibaliz Hunter, Jerry Stevens y Howars Raines.

Y efectuadas, acto seguido, las presentaciones.

—Es usted muy hermosa, miss Hunter. Su belleza es una caricia para los ojos del hombre —comentó Corlan, muy respetuosamente eso sí, al estrechar la mano de la mujer.

Ella, mirando por el rabillo del ojo al apuesto y arrogante Lew Bannister, al HOMBRE, a su HOMBRE, y fingiendo coquetería para despertar sus celos, musitó:

—Nadie había sido tan original hasta hoy al referirse a mis supuestos atractivos, adelantado. Gracias...

—Es que el adelantado Corlan, según acaba de confesar me el general Powell, es un auténtico genio. Un sabio. Y los sabios saben decir inalcanzables exquisiteces para el resto de los humanos —intervino, cáustico al máximo, Bannister. Acentuando su postura satírica con la pregunta—: ¿Verdad que es eso, adelantado? —y no le dio tiempo a responder, exclamando—: ¡Este pelirrojo es Jerry Stevens, experto en logística, profesor Corlan! El de las barbas, se llama Howars Raines.

—Es un placer, caballeros. Ansiaba conocerles a todos. Porque ustedes han sido designados para escribir una brillan te página en la historia de la humanidad...

—No hay tiempo para demagogia ni panegíricos, adelantado —le interrumpió Powell. Añadiendo—: Disculpe la brusquedad de mis métodos, pero es necesario. Ahora y sin más pérdida de espacia vamos a trasladarnos a la sala absorboatomizadora para que una vez «reducidos» a partículas se efectúe nuestro fototeletransporte al lugar donde está emplazado el observatorio del adelantado Corlan, en Nuevo México —les abarcó a los cinco en una firme mirada,

interesando—: ¿Dispuestos?

—He oído algo acerca de una misión pagadera en gloria, general.

—Después, Bannister, después. Eso después. En Nuevo . México. El adelantado Martin J. Corlan se encargara de ponerle al corriente de esa misión con extensas explicaciones y vasta ampliación de pormenores y demás circunstancias aleatorias. ¿Hace?

—Si usted lo dice —apuntó, no excesivamente convencido, el comandante de la Microexplorer V Diana.

—¿Dispuestos? —repitió el general la pregunta anteriormente formulada.

Los cabezazos fueron de aquiescencia. Aunque algunos rostros mostraran una expresión un tanto renuente.

Pasaron, pues, a la sala absorboatomizadora. Y de ella, en partículas, fototeletransportados al laboratorio de Corlan, en algún punto de Nuevo México.

Cuando se produjo su materialización física, Lew Bannister se encontró con que su cerebro estaba ocupado, y hasta preocupado posiblemente, por el contenido de una frase que Estibaliz pronunciara a bordo de la astronave poco antes de tomar tierra en Dawning Island.

Una frase a la que en el momento no le había dado el comandante de la Microexplorer V excesiva importancia y que ahora, sin embargo, repiqueteaba con fuerza e insistencia. Como haciéndose más real. Como queriendo dejar constancia de lo ortodoxo de su contenido.

Esta era la frase que monótonamente martilleaba todos los recovecos del cerebro de Bannister hasta filtrarse en lo más profundo del mismo:

—¿Y si se trata de un servicio particular? De algo que Powell quiere llevar a cabo por su cuenta. A espaldas del mando superior, quiero decir.

Tenía sentido.

Sobre todo después de aquel veloz traslado a Nuevo México, sin recibir la menor explicación.

El adelantado Martin J. Corlan pareció intuir o adivinar los pensamientos que circulaban por la mente de Lew.

Al inquirir

—¿Quiere acompañarme a mi despacho, comandante Bannister?

Hablaremos largo y tendido de la misión que le ha sido asignada por el general Powell. Luego, usted mismo, trasladará las instrucciones a su tripulación. ¿Me sigue, por favor?

—Sí… —y salió tras el astrónomo, luego de cruzar una significativa mirada con la preciosa rubita llamada Estibaliz.

Ella y los otros dos hombres fueron invitados a un diálogo trivial e intrascendente por parte del general Terence Powell.

CAPITULO VII

Martin J. Corlan, adelantado, versado y otras hierbas, y loco sobre todo..., sin olvidarse que en su megalomanía loca figuraba una dosis elevada de genocida; Martin J. Corlan, apuntábamos, le habló a Bannister con su habitual pomposidad y suficiencia.

Con aquel su talante ofensivo de menospreciar, además, al que le escuchaba.

Le habló de la otra galaxia que había descubierto con lo6 sofisticados telescopios y demás aparatos en aquélla, su base de Nuevo México.

De otra galaxia exactamente igual al sistema solar. A la Vía Láctea.

Y de la otra Tierra, claro.

Y le dijo en qué iba a consistir la misión de él y sus subordinados a bordo de la Turboflash X.

—Tienen que comprobar por ustedes mismos, comandante Bannister, si las condiciones de habitabilidad de ese otro mundo, son exactamente iguales a las del nuestro. Es necesario que sepamos si podemos vivir allí de la misma forma que aquí. Esa, a grandes rasgos, es su misión. O lo más importante de ella.

Lew pensó que aquel supuesto «otro mundo» podía estar habitado. Pero no se lo dijo a Corlan, porque pensó también que aquella posibilidad no podía habérsele escapado al astrónomo.

Y pensó que cabía pensar —valga la redundancia— que a Corlan tampoco le importaba demasiado, al menos en aquel momento, el hecho de que en aquel planeta hubieren o dejaran de haber seres vivos.

—Ya le he explicado las condiciones de manejo de la Turboflash y me falta añadir que el viaje hasta su destino se prolongará por un espacio de once semanas aproximadamente. Ustedes, comandante Bannister, durante el trayecto de ida, estarán sometidos a una especie de estado de hibernación que les permitirá llegar relajados, frescos, sin las tensiones que se suelen acumular en un vuelo espacial de estas características. Volverán a la realidad cuando sólo falten veinticuatro horas para entrar en la órbita de esa otra Tierra y

se encargarán de devolverles, digamos a la vida, los androides de servicio en la nave, que son Yannick, Olivier y Sidney. Ellos, como ya le he dicho anteriormente, se encargarán también de velar el sueño de ustedes y de que todo a bordo se desenvuelva dentro de la más absoluta normalidad. Sólo en un caso de extrema urgencia y después de consultar con nosotros, aquí en la Tierra, procederán a despertarles antes de lo convenido.

Obvio que aquella parte del planteamiento no convenció un pelo a Lew; es más, hizo que crecieran en su mente las preocupaciones y dudas que ya había albergado en principio con respecto a la extraña y singular misión encomendada por el general Powell a instancias, estaba claro, de Martin J. Corlan.

No exteriorizó sin embargo, su disconformidad, ni hizo el menor comentario, ni presentó tan siquiera la más insignificante observación, consciente de que era muy importante dejar sentado que lo aceptaba todo como natural para no alertar ni al astrónomo ni al general de sus vacilaciones e inquietudes con respecto a aquella extraña y confusa maniobra cuya finalidad, evidentemente... finalidad real quiere decirse, no le había sido confiada.

Preguntó, eso sí, cuándo habían de partir. Y la respuesta del adelantado megalómano, fue:

—¡Al instante! Dentro de media hora serán ustedes sumidos en ese estado de hibernación al que me refería, para despertar cuando la distancia entre la Turboflash X y la órbita del planeta a que se dirigen, sea de 24 horas aproximadamente. ¡Ah! Una vez hayan tomado tierra en él y efectuado el reconocimiento, tarea en la que no podrán invertir más de 60 horas, regresarán inmediatamente aquí. Esta vez en estado normal y siendo responsables totales del manejo de la astronave en todo momento.

Lew Bannister otorgó su aquiescencia reservándose todas las dudas e incógnitas que le planteaba aquella insólita aventura, la cual, cada vez estaba más convencido, se iba a efectuar por cuenta y riesgo del adelantado Martin J. Corlan y el general Terence Powell, sin que ni el gobierno de los Estados Unidos de Todas las Américas ni los altos mandos militares de aquéllos, tuviesen la menor noticia.

Tiempo habría, si aquellos temores se confirmaban, de hacer estallar la alarma.

El comandante de aquel inusitado vuelo espacial que debía

llevarles a conocer un sistema solar idéntico al suyo, perdido en algún lejano rincón del misterioso infinito, le dijo al astrónomo que ahora, sí se lo permitía, deseaba tener un cambio de impresiones con quienes le habían de acompañar y obedecer en el viaje astral.

Corlan negó con la cabeza.

Acompañando el gesto con las siguientes y nada convincentes explicaciones:

—No va a ser posible, señor Bannister. No..., por ahora. Ustedes ya no podrán efectuar ningún tipo de comentarios hasta que sean despertados por el androide Yannick, a un día de distancia de su objetivo.

Lew, ahora no pudo evitarlo, se quedó perplejo.

Y quiso saber en función a qué regla de tres el adelantado Corlan tomaba aquella decisión.

Arbitraria y absurda decisión.

La respuesta volvió a ser confusa. Y absurda también, por supuesto.

—No lo tome a mal, comandante... Frente a una misión de la importancia capital de ésta, todas las precauciones que se adopten, son pocas. Hace falta que ustedes se incorporen a ella con unas garantías totales tanto en lo físico como en b psíquico. En función de estas necesidades, sus compañeros y subordinados están pasando ya en este momento un detenido estudio médico, un reconocimiento profundo y meticuloso que efectúan unas máquinas perfectísimas que en cuestión de segundos pueden detectar cualquier anomalía y corregirla. Ya sé que eso puede sonarle raro, como le habrán extrañado otras muchas cosas que acabo de decirle pero, que no obstante, responden a la más estricta realidad. Una vez el reconocimiento haya concluido, Estibaliz Hunter, Howars Raines y Jerry Stevens, pasarán a las bombonas de inanición, siendo inducidos a través de éstas al estado de hibernación, o de catalepsia temporal y controlada si lo prefiere.

Estaba claro ahora, diáfano y sin margen a la duda, que Lew Bannister y los suyos habían sido hechos prisioneros. Que iban a llevar a rabo aquel proyecto concebido por la turbia y malsana mente de Martin J. Corlan en una situación de cautiverio libre por contradictorias que resultasen ambas palabras al intentar, juntas, definir aquel hecho.

Iban a moverse en una especie de libertad bajo fianza. Por eso viajarían sumidos en letargo hasta que se hallasen en un punto del cosmos donde no les quedaría más alternativa que realizar aquello para lo que se íes programaba porque intentar rebelarse se convertiría en una condena eterna, en un vagar perdidos por el infinito porque había que contar con el hecho de que los androides estarían convenientemente programados también... y en el peor de los casos, cabía esperar la muerte directa como recompensa a cualquier amago de rebelión.

La cosa iba a estar difícil.

Muy difícil.

Pero en aquel momento no tenía más opción que aceptar los hechos tal cual se le planteaban, albergando la remota posibilidad de que su ingenio y astucia le llevarían, en el momento determinado, a darle a la situación un giro de trescientos sesenta grados.

Optó pues Lew Bannister por decirle al adelantado en astronomía Martin J. Corlan que... SÍ.

Que todo estaba en orden.

Que le parecía perfecto.

Que era lógico que se tomasen aquellas precauciones y más.

Que la misión lo requería

Que él y sus hombres harían lo imposible por llevarla a término felizmente.

—Sabía que iba a entenderlo, Bannister. Y ahora, ¿si quiere acompañarme al segmento médico de reconocimiento?

Asintió, claro.

CAPITULO VIII

Alguien le sacudió con suavidad, pero enérgicamente, por los hombros.

—Comandante... Comandante Bannister.

Era una voz suave. Un susurro de eco metálico, impersonal.

Bannister parpadeó.

—Sí... —estaba un tanto torpe, pero no todo lo que cabía esperar después de haber estado durmiendo, obligadamente, claro, durante un espacio de tiempo superior a los dos meses—. ¿Qué sucede?

—Soy el androide Yannick... ¿Recuerda? El adelantado Corlan le habló de mí antes de salir de Nuevo México.

Se metió los dedos de la diestra entre los ondulados cabellos negros al tiempo que parpadeaba de nuevo, con mayor intensidad, tratando de integrarse en el presente.

—Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Está del todo consciente?

Hizo un esfuerzo por doblarse adelante y buscar una postura diferente a la de decúbito supino que había venido protagonizando desde antes de salir a tos espacios infinitos.

Logró, incluso, ponerse en pie.

Observó que se encontraba en lo que debía ser su compartimiento. Cómodo y espacioso, pero sin excesos.

La Turboflash X no era tampoco una nave espectacularmente grande.

Y el androide Yannick era un ente moreno de cabellos castaños con facciones muy correctas de expresión cordial.

Al menos, en apariencia

—Pienso que sí.

—Lo celebro. ¿Y se siente bien, comandante?

—Eso parece... ¿Y mis compañeros?

—Luego les despertaremos, comandante. Antes es preciso que tengamos usted y yo un cambio de impresiones.

—¿Algo anda mal. Yannick?

—¡No, no. señor! —pareció alarmarse el ente inanimado vitalmente pero programado, por contra, para vivir a imagen y

semejanza de un humano—: Todo hasta ahora está saliendo a la perfección. Conforme a lo programado por el adelantado Corlan.

La palabra, el término programar, programación, programado, pensó Lew Bannister, estaba de continuo pronunciándose o bien en el pensamiento. Y también fue pensando conforme su cerebro se hada a la realidad y concatenaba ésta con los hechos y circunstancias que habían desembocado en aquel viaje a un supuesto mundo igual al que ahora quedaba a muchos miles de años luz, en la conveniencia de encontrar algún remedio práctico, positivo y seguro, a la deficitaria situación en que se encontraban y a la que se enfrentaban, él y sus tripulantes.

Aún era pronto.

Había que familiarizarse primero con la nave, luego con los androides, y por último... Tendría que ser por sorpresa, sí. Un remedio de emergencia que se debiera más a un rapto de inspiración que a algo concreto y preparado de antemano.

Habría que aprender todas las conjugaciones del verbo improvisar a marchas forzadas, sí.

—¿De veras que se siente bien, comandante Bannister? Le noto como ajeno, desconectado...

—Bueno — trató de sonreír el hercúleo astronauta de rizados cabellos color noche—, es lógico que acuse esa larga siesta de diez u once semanas, ¿no?

—¡Oh, sí, claro! —sonrió también el androide—. En ustedes los humanos eso debe ser natural. Una reacción lógica, quiero decir. ¿Me he expresado correctamente, señor?

—Sí, por supuesto.

—Es que a veces, señor, temo que alguna falla en mis mecanismos de comprensión hacia la dialéctica del hombre me pueda llevar a cometer algún error... Si eso sucede, comandante, espero que sepa usted perdonarme. Nosotros los androides, somos perfectos pero menos.

—Entiendo, Yannick. No has de preocuparte por eso. ¿Te molesta que te tutee?

—Al contrario, comandante. Lo prefiero.

—Antes has dicho algo de cambiar impresiones, ¿no?

—Sí, sí... —cabeceó contundente el androide.

—¿Sobre?

—Las circunstancias del momento.

—No te comprendo —apuntó Bannister.

—¿Lo ve, señor —hizo la pregunta como si en verdad fuese una afirmación. Ampliando—: Entiendo que mi expresividad oral tiene alguna fisura. He querido decir que debo explicarle la situación actual.

—Has dicho, o me ha parecido entender, que todo está en orden, ¿no? Ello me hace suponer que nos hallamos a un día de la órbita del planeta al que nos dirigimos.

—Es exactamente así, Bannister. ¿Tampoco le molesta a usted que le nombre por su apellido, no?

Lew estaba un poco confuso, y hasta desconcertado, a causa del modus operandi del androide.

—¡No, no, por supuesto que no! ¿Te importa ir al grano?

—Bien... — hizo un gesto de contrariedad consigo mismo como censurándose al no saber protagonizar un comportamiento acorde. Añadió—: Nuestros sistemas telecomputados en distancia han efectuado lecturas sobre ese astro y los resultados de ¡as mismas son que, tal y como en un principio había previsto y dictaminado el adelantado Corlan a través de los estudios efectuados con sus aparatos, se trata de un planeta matemática y exactamente igual a nuestra Tierra, situado en una galaxia que es una fiel reproducción del sistema solar. Nueve planetas, una fuente de energía igual al Sol, un satélite natural idéntico a la Luna girando en torno a esa segunda Tierra. Me atrevería a decir que todo conforme a lo establecido. Bueno... no todo, no todo.

—¿Qué estás insinuando, Yannick?

—Que esa otra Tierra está, al igual que la que conocemos, que la nuestra... o la de ustedes mejor dicho, está...

—¿Habitada?

—Esa es la palabra, señor.

—¿Lo has comunicado a Nuevo México?

—No. Ellos todavía no han abierto hoy los circuitos hertzionizados de contacto oral y me ha parecido que, teniendo que despertarle a usted, era más lógico informarle antes. No sé si he hecho bien, pero...

—Perfecto. Yannick. ¿Y qué te parece si mientras vamos pensando en todo ello, despertamos a mis compañeros?

—Olivier y Sidney lo están haciendo, señor.

—¡Ah! ¿Me llevas entonces al puente de mando?

—Sí.

Salieron al pasillo que era circular por lo alto y plano en su base, introduciéndose en un ascensor meteórico, cuya puerta dejó libre Yannick obrando en el aparato de control remoto, descendiendo tres niveles por medio de aquél y, a través de un túnel deslizante, acceder al segmento de control.

Era una estancia amplia geométricamente oval.

Los tres tripulantes ya estaban allí.

Despiertos.

—¡Estibaliz! —gritó el pelirrojo Stevens, siempre dispuesto al cachondeo y poco impresionado, al parecer, por verse involucrado en aquella desconcertante aventura—: ¿No le ves? ¡Es tu Lew! ¿Cómo no corres a abrazarlo?

Lo hizo.

Bannister la recibió contra su tórax, estrechándola con avariciosa vehemencia para comerse, acto seguido, aquellas fresas rojas que asomaban por fuera de la boca de ella.

—Ya vale, ya vale — intervino Raines con una sonrisa—. Os vais a gastar.

Luego de la efusión, e! comandante se dispuso a informarte. Haciéndolo con meticulosidad pero sin pronunciar delante de Yannick ni una sola de las reservas que albergaba en su interior.

—Nuestro amigo dice que esa Tierra está habitada.

—Lo cual equivale a que los proyectos de Corlan y Powell se van al traste, ¿no? —apuntó, interrogante, Stevens.

—Según sean los proyectos —contestó el androide Yannick. Preguntando a su vez—: ¿Saben ustedes cuáles son?

—No —se apresuró a responder Bannister. Matizando—: Sólo sabemos que el adelantado Corlan quiere ser informado acerca de las condiciones de habitabilidad de ese planeta.

—Perfectas, comandante. Son perfectas... Los seres que lo pueblan son idénticos a ustedes. Son... humanos, como ustedes.

—¡Eso es imposible! — estalló Estibaliz.

—Parece... —puntualizó el androide, al que acaban de unírsele en aquel instante sus otros dos compañeros—, parece imposible. Pero las lecturas efectuadas responden con exactitud infinitesimal a

la realidad. Es una Tierra igual a la de su sistema solar, habitada por seres iguales en todo, física y psíquicamente, a los humanos. Son humanos. Por extraño que pueda parecerles.

—Hay que comprobarlo, Yannick. Recuerdo que las palabras textuales del adelantado Martin J. Corlan a este respecto, cuando me impuso de la misión, fueron: Tienen que comprobar por ustedes mismos, comandante Bannister, si las condiciones de habitabilidad de ese otro mundo, son exactamente iguales a las del nuestro. Es necesario que sepamos si podemos vivir allí de la misma forma que aquí. Por lo tanto...

—¡Eso se corresponde a lo que yo acabo de apuntar antes! —insistió, con énfasis, el pelirrojo. Yendo más lejos al agregar—: Lo que pretenden, y se deduce de estas palabras que tú acabas de reproducir, Corlan y Powell, es trasladar de alguna manera la vida humana a esta otra Tierra. O cuanto menos, establecer aquí una especie de colonia, o sucursal...

—Yo de usted, capitán Stevens —intervino, seco, autoritario, hasta amenazador el androide Olivier—, no establecería conclusiones tan precipitadas.

Lew cruzó una mirada de inteligencia, extremadamente significativa, con Jerry.

Preguntándole a Yannick:

—¿Cuándo estaremos en situación de aterrizar?

—Faltan unas 23 horas, comandante. Pero antes, le sugiero que se comunique con Nuevo México. Mi colega Sidney acaba de informarme acerca de que los canales y circuitos hertzionizados de comunicación oral están abiertos desde abajo —al decir abajo se refería a la Tierra genuina, la del sistema solar— y se corresponden con los nuestros. Cuando usted quiera, señor... —Yannick le señalaba una de las butacas giratorias del segmento de control, en cuyo panel frontal tenía un extraño aparato que Bannister supuso el de comunicaciones.

Hizo lo que le apuntaba con voz tenue en la que subyacía una velada orden, el androide.

—Comandante Bannister dirigiéndose al laboratorio de Nuevo México. ¿Me recibe alguien?

Unos segundos de silencio.

Y antes de que éste se truncara, unas líneas de luces sinuosas se

dibujaron en pantalla que culminaba aquel complicado aparato de comunicaciones, apareciendo al fin en aquélla la faz sonriente de Martin J. Corlan.

—¡Aquí me tiene, Lew! ¿Qué tal ha ido ese sueñecito?

—Bien, muy bien, adelantado. ¿Me oye perfectamente, supongo?

—¡Claro! Como usted a mí.

Lew Bannister, de pronto, había decidido jugárselo todo a una carta.

—Dígame entonces, sin subterfugios, por qué estamos aquí.

—Para inspeccionar las condiciones de habitabilidad de ese otro mundo..., de esa nueva Tierra de la que ustedes están tan cerca en ese histórico momento. Creí que eso había quedado muy claro en el transcurso de nuestra conversación.

—¿Y por qué hemos de constatar esas condiciones? ¿Con qué objeto?

Apareció, súbitamente, la imagen crispada, más apoplética que nunca, más roja y encendida que de hábito, agresiva y volcánica casi, de Terence Powell.

Amenazando con salir a través de la pantalla e instalarse a bordo de la sofisticadísima Turboflash X para desintegrar a Bannister con el fuego apocalíptico que destilaban sus ojos.

Aulló:

—¡BANNISTER! ¿Quién coño se ha creído que es usted? ¡Me oye, Bannister! ¡ACABO DE HACERLE UNA PREGUNTA!

—Soy un astronauta perteneciente a la organización espacial Control Security Kosmos, segmento todoamericano, en un punto del infinito que todavía no conozco con exactitud y al que he llegado en el supuesto de realizar una misión que en principio acepté por disciplina militar enrolándome finalmente en ella presionado por las circunstancias y sabedor que si me negaba en el momento que comencé a detectar anomalías, me jugaba la libertad y la vida de mis tripulantes y la mía propia. Ahora y sin gritos, general Powell, quiero saber la realidad.

El secretario de Defensa de la Casa Blanca, muchos miles de años luz ha con respecto a la ubicación en el infinito de la Turboflash X. mordiéndose el labio inferior y mirando al adelantado por el rabillo del ojo, tardó casi un minuto en desgranar:

—Voy a referirle, comandante Bannister, sin que ello sea

eximente para que en su día se le juzgue por un acto de indisciplina y desacato, un hecho que el mismísimo presidente de la República Federal de los Estados Unidos de Todas las Américas. ha calificado de *ultrasecret* y ha puesto en conocimiento, única y exclusivamente, de reducidísimos sectores del gobierno de la nación. Bannister... ;,me escucha?

—¡Por supuesto, general! Es muy interesante lo que me está explicando... ¿Quiere que cierre los oídos, acaso?

—Quiero darle la oportunidad de que olvide su terqueza y yo olvidaré la pregunta que ha formulado.

—La pregunta sigue vigente, general. Y exijo una respuesta.

—Bien. Bannister. En su momento se hará responsable de las consecuencias. Los... —hizo un alto como si le costara horrores seguir adelante, seguir con la mentira rocambolesca y gigante que su mente turbia había concebido en muy pocos instantes—, los servicios de seguridad e inteligencia de nuestro país y algún otro organismo de naciones afines a la política e ideología de la nuestra, han descubierto y disponen de pruebas fehacientes y definitivas acerca de tan terrible secreto, que el bloque comunista que capitanea la Unión Totalitaria Superior de las Repúblicas Soviéticas de Alineado Socialista, se disponen a desencadenar una guerra nuclear, dado que han descubierto y fabricado lo que ellos denominan el Arma Máxima, capaz por sí sola y me refiero al término de una unidad, de destruir el mundo occidental en lo que concierne tanto a ubicación geométrica como políticamente doctrinal, sin que exista por parte nuestra garantías de defensa ni supervivencia.

—¿Acaso no disponemos de multitud de armas hipernucleares que...?

—¡Seria la destrucción total! Los gobiernos de occidente han preferido especular con la posibilidad de supervivencia que ofrece el descubrimiento del adelantado Martin J. Corlan.

—¿Trasladar aquí, a esta otra Tierra a la que nos estamos acercando nosotros, una buena parte de la población del mundo de nuestro sistema solar, no?

—¡Exacto!

—¡Miente usted, general!

Dos androides, Sidney y Olivier concretamente, hicieron ademán

agresivo de abalanzarse contra Bannister.

—¡Quietos! —les contuvo Yannick. Y acercándose al lugar donde estaba el teórico comandante de la Turboflash X, preguntó al hombre que hablaba desde la Tierra y que permanecía en pantalla —: ¿Qué debemos hacer, general Powell?

—Deje que siga hablando con Bannister, Yannick. Acabará comprendiendo mis razones. Lew, oiga...

—Quiero hablar con el señor presidente —dijo el fornido astronauta, intransigente.

—¡No es posible!

—¿Por qué?

—Porque el presidente ha delegado en mí todas las responsabilidades que conciernen a esta operación.

—Sabe que eso no es cierto, Powell. Si no me confirma el propio presidente Gwen Peter Blair todas las instrucciones que con anterioridad me han dado usted y Corlan, la misión, esta misión... finaliza ahora mismo.

—¡Yannick!

—¿General?

—¡Inmovilícelos!

De la frente de Yannick, Olivier y Sidney, como por arte de magia y tras dividirse aquélla en dos partes geométricamente iguales luego de formarse a izquierda y derecha de la misma dos especies de compuertas... de las abiertas frentes de los androides, decíamos, surgieron como un par de diminutos cuernos, dos conductos circulares, huecos por dentro, los cuales vomitaron unos rayos de mortecino color azulado, casi invisibles, que fueron a estrellarse sucesivamente y al momento en los cuerpos de Estibaliz, Jerry, Howars y el propio Lew Bannister.

A! ser envueltos, absorbidos casi por aquellos esputos zigzagueantes, sus articulaciones, ipso facto, entraron en una extraña fase de total y absoluto anquilosamiento.

Físicamente eran del todo incapaces porque habían sido reducidos a la completa inmovilidad.

Desde la vertiente psíquica seguían siendo conscientes de todo lo que ocurría a bordo de la Turboflash X. Y conscientes también de su entera incapacidad para resolver aquel evento que les reducía otra vez a la hibernación. Una hibernación, que ahora dejaba libre sus

cerebros.

—Sé que puede oírme, Bannister. Y por eso voy a hablarle con sinceridad..., con toda la sinceridad que el caso requiere y con la crudeza letal que para ustedes comporta si se mantienen en esa tesitura de rebeldía. En principio y para seguir viviendo, tienen forzosamente que llevar a cabo la misión encomendada. Sin reparos, sin fallos, sin otra cosa que no sea acatar el principio de la obediencia al orden establecido. Y el orden ahora, Bannister, NO LO OLVÍDE, NO LO OLVIDE EN NINGUN INSTANTE... SOY YO. ¡YO!

Lew, en efecto, le escuchaba perfectamente. Así pues, fe oyó seguir diciendo:

—Y ya que la curiosidad de usted es tan enorme, voy a pasar a ese capítulo de sinceridad a que acabo de aludir. La razón por la que ustedes han sido embarcados en la astronave Turboflash X y enviados a explorar las condiciones de vida de ese planeta igual a nuestra Tierra, no es otra que...

—¡General Powell! —estalló Martin J. Corlan, interrumpiéndole —, ¿Se ha vuelto loco? ¡No puede decirle la verdad!

—¡Cállese, adelantado! ¡Cállese de una vez! —estaba Terence Powell como enloquecido, como ciego y obstruido su cerebro ruin, desorbitados los ojos que parecían dos puñaladas siniestras de sangrante color escarlata, tono que contrastaba con el ahora tinte cerúleo, demudado, de sus facciones habitualmente apopléticas—, ¡CALLESE! —hizo un terrible, difícil esfuerzo por dominar su irascibilidad. Luego, dirigiéndose de nuevo a Bannister porque el adelantado se había encogido al máximo, hasta el extremo de desaparecer de la pantalla, siguió—: La razón es bien simple, Bannister. Es, diría yo, sencilla, lógica, elemental, necesaria, benefactora... hay que destruir al bloque oriental. Hay que hacer una raza humana mucho mejor, que se acerque a las cotas máximas de la perfección, y para ello...

Terence Powell, demagógica y paranoicamente, siguió su verborrea excitada y encendida, criminal y vesánica.

Habló del genocidio.

De la locura. De su locura.

Lew Bannister y los demás, inmóviles como figuras pétreas inanimadas, no podían esbozar la deseada expresión de asombro sin límites, de pánico incluso, frente a las demenciales teorías de aquel

alienado peligroso que podía conducir al mundo hasta el cataclismo.

A la hecatombe definitiva.

Al holocausto total.

HOLOCAUSTO, sí.

La palabra que tanto había horrorizado, tiempo atrás, al escucharla en boca de Martin J. Corlan, al presidente de los Estados Unidos de Todas las Américas.

HOLOCAUSTO…

Y finalizaba ahora ya, su criminal perorata, el que para desgracia de Gwen Peter Blair y posiblemente de todo el mundo, era el secretario de Defensa de la Casa Blanca.

Así:

—… Para eso es imprescindible, Bannister, que usted y los suyos confirmen esas condiciones de habitabilidad. Y en prueba de mi buena fe y mejor disposición de entendernos, voy a ofrecerle una última alternativa de salvación: cumplan con lo establecido y en su momento serán por completo libres para gozar de una nueva y feliz existencia en esa otra Tierra. ¡Yannick!

—¿Sí, general Powell?

—Dejad a Lew Bannister en libertad de movimientos.

El androide envió sobre el teórico comandante de la astronave, por medio de sus pupilas, unos nuevos rayos tan invisibles casi como tos anteriores que anulaban sus efectos.

Bannister suspiró.

—¿Acepta? — le preguntaron desde su mundo.

—¿Tengo otra opción, Powell?

—Me temo que no. ¡Ah, Bannister! No se haga ilusiones. Sus compañeros seguirán inmovilizados hasta que llegue el momento de desplazarse a ese planeta, al que serán acompañados por dos de los androides, ¿me comprende?

—Creo que sí, general.

—Yannick…

—Le escucho, general Powell.

—Obra conforme a lo establecido de antemano en caso de emergencia, ¿entendido?

—Por supuesto, general.

Se cortó la comunicación con la Tierra.

Iba Lew a decir algo, cuando inesperadamente, sintió un intenso

dolor en las sienes. Una sensación de vértigo primero y de angustia después que, poco a poco en principio, pero con velocidad y mayor virulencia después se fue trasladando...

—¡Vaya! —exclamaba en aquel preciso instante el androide Yannick, lo mismo que si fuera hombre y pensase en voz alta—. He olvidado decirle al general Powell que ese planeta está habitado por humanos. O por seres idénticos... Se lo diré en la próxima comunicación.

...al interior de su cerebro, hasta el último rincón de éste, produciéndole un caos lleno de voracidad que amenazaba con volverle loco.

—¡Dios santo! —y se llevó las manos a la cabeza.

Yannick y los otros androides le miraron con extrañeza.

El dolor, la presión, cedieron tan de repente, como se habían presentado.

—Estoy en ti, Lew Bannister. Dentro de ti...

—¿Quién es? ¿Quién me habla?

—¡Comandante! —estalló Yannick—, ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra enfermo?

—No pronuncies ninguna expresión oral, Bannister. Háblame con el pensamiento, respóndeme con él. De la misma forma que yo llego a ti. Acabo de establecer entre tú y yo un canal telepático de comunicación.

Le costó un gran esfuerzo a Lew hacerse a la idea de que tenía que hablar con los labios cerrados.

—¡Comandante!

—¡No te preocupes, Yannick! Estoy bien, estoy bien. Ha sido un mareo momentáneo.

Y luego, con el pensamiento, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy el Poder.

—¿El Poder? —repitió, cabalgando a cada segundo que pasaba a lomos del corcel de la estupefacción—. ¿Puede ser más explícito?

—Un equivalente a lo que algunos en tu mundo llaman Dios.

—¿Es usted el Dios de este mundo?

—Acéptalo así, para mejor entendernos, Bannister. Debo aclararte que mi mente ha interferido los sistemas telecomputados de lectura a distancia de vuestra astronave, haciendo que arrojaran

los informes que el androide Yannick te ha comunicado. Nosotros, Bannister, no somos humanos… ellos, mis criaturas, no lo son. Aunque tienen unas características físicas bastante similares. Pero en el terreno intelectual os llevan siglos de ventaja. Aquí, en este planeta, que tal y como pudo averiguar Martin J. Corlan, es una copia exacta de la Tierra lo mismo que sucede con toda esta galaxia con respecto a la vuestra, estamos… están viviendo, lo que en su momento será para vosotros el año 6000.

—Debo confesarle que nada, por inaudito que parezca, puede sorprenderme ya —repuso con la mente, el fornido astronauta. Interrogando—: ¿Por qué razón se ha puesto usted en contacto conmigo?

—Por una buena razón. Lew Bannister. Muy buena… Tú no puedes permitir que esa pareja de enajenados dictadores que responden a los nombres de Powell y Corlan destruyan tu mundo… ni puedes, ahora, impedirlo tampoco. Y yo, como Poder Máximo de Al Arreit, tercer planeta de la galaxia Aviv Aetcal, no puedo permitir tampoco que prosperen los proyectos de ese dúo de locos, proyectos que amenazan con perturbar la paz que reina en Al Arreit. Como de todos modos sé que acabaría viéndome en la ineludible necesidad de destruirlos, lo haré ayudándote. Y ayudándote también a salvar La Tierra, para que sus entes, con virtudes y defectos, subsistan y se perpetúen.

—¿Cómo? ¿Cómo va usted a conseguir eso?

—Te he dicho que soy el Poder, Lew Bannister. Nada más sencillo para mí. Voy a conferirte mi fuerza durante unos instantes, la trasladaré hasta tus ojos para, que con sólo mirar intensamente a los androides, los hagas estallar en el aire.

—¿Y luego? —siguió preguntando el astronauta.

—Luego, comandante Bannister, os traeré hasta mis retinas… estoy hablándote en ortodoxia terrestre, en tu lengua, para que tú me asimiles correctamente y no…

—Le entiendo, señor. Imagino que la jerga o lenguaje de sus criaturas será diferente al nuestro.

—Lo es, lo es, en efecto —seguía llegando hasta el cerebro de Bannister la voz del Poder de Al Arreit, merced al canal telepático que al ser misterioso había establecido entrambos—: Te decía. Lew Bannister, que una vez hayas hecho estallar a los androides, os

traeré hasta mis retinas para, un segundo después, dos a lo suma VEROS EN ESE LUGAR DE NUEVO MEXICO DONDE CORLAN Y POWEIL HAN ESTABLECIDO SU CUARTEL GENERAL PARA RENDIR TRIBUTO AL CRIMEN Y la MALDAD! Os veré allí, sí. Estaréis allí dos segundos después.

—¿Me está usted diciendo que en dos segundos de tiempo terrestre nos va a trasladar desde este punto del infinito a Nuevo México, en la Tierra de nuestro sistema solar?

—Eso, sí. Eso te estoy diciendo.

—¡Es… es INCREIBLE!

—¿No decías hace un momento que nada, por extraño o inaudito que pueda parecer, es capaz de sorprenderte ya?

—A veces se dicen cosas que… ¡en fin! ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Escucho esa pregunta, Lew Bannister.

—¿Una vez en Nuevo México, seguiré disponiendo de ese poder destructivo que usted me va a conferir para deshacerme de los androides?

—En tu unidad de tiempo dispondrás de él durante unos cinco o seis minutos. ¿Te bastarán para lo que te propones?

—Si usted me «ve» en el lugar exacto donde se encuentren Corlan y Powell, pienso que me van a sobrar tres.

—Por si acaso, procura aprovechar a fondo los seis que voy a concederte.

—¿Podré pagarle alguna vez esto que va a hacer por nosotros, señor?

—Estamos en órbitas diferentes, Lew Bannister. Nunca podrás alcanzar la mía, aunque entiendo tu intención y agradezco esa muestra de buena voluntad y agradecimiento. Y no hay que olvidar tampoco, amigo, que no todo es altruismo por mi parte ya que, como creo haberte referido en el curso de nuestro mudo diálogo, subyace en mí la idea egoísta de librar a mis criaturas de cualquier evento que pueda alterar su plácida existencia Y bien. Lew Bannister, ha llegado el momento de que traslade hasta ti una parte de mi fuerza. ¿Preparado?

—Sí, señor.

—Ya empieza a entrar en tí… ¡Ahora! ¡Mi fuerza está contigo, Lew Bannister! ¡Destruye esos androides!

CAPITULO IX

El atlético astronauta de ojos negros y cabellos ondulados, semejando ahora más que nunca uno de aquellos dioses del Olimpo surgiendo de un éxtasis meditativo, bramó:

—¡YANNICK!

El androide tuvo una humana reacción de sorpresa.

—¿Qué ocurre, comandante?

Y estaba mirando con fijeza a Lew Bannister.

Lo miraba rectamente a los ojos.

Con extraordinaria fijeza, sí.

Porque quizá el grito, instintivamente, le obligaba a ello.

Yannick, inesperadamente, salió por los aires hecho pedazos.

Desparramando por todos los rincones del segmento de control, alambres, conexiones, tubos catódicos, placas metálicas, minilaserfusibles, hilos...

Olivier y Sidney, al caer bajo la mirada poderosa de Bannister, siguieron idéntico destino que su correligionario de apariencia humana y corazón mecánico.

¡Zas!

No quedó nada de ellos.

Y eso hizo que al instante, Estibaliz, Howars y el pelirrojo, pudieran salir de su forzada inmovilidad.

—¡Lew! —gritó ella, nerviosa, casi rayana en la histeria, corriendo hacia el astronauta.

El la acarició con suavidad y cariño, tratando de calmarla.

—No pasa nada, pequeña. Nada... la situación está controlada.

—¡Oh, Lew, Lew...! ¡For Dios bendito! ¿Qué está sucediendo? —y estalló en sollozas.

—Tranquila, prenda. Tranquila. Ya no hay nada que temer. Hay alguien cotí un poder divino que nos protege y va a cuidar de nosotros hasta el final de esta sorprendente aventura.

—¡Bannister! — d pelirrojo, por primera vez, había perdido sus sempiternas ganas de ironizar—. ¡Vamos a morir!

—Nada de eso, Jerry. Todo acabará bien.

—¿Cómo puedes decir eso, Lew? —inquirió Howars Raines,

trémulo en su cota máxima de nerviosismo e inseguridad—, ¡Estamos perdidos! Nunca podremos regresar a...

—Que se pongan todos junto a ti, Lew Bannister —la comunicación telepática del Poder alcanzó de nuevo la mente del comandante, ahora sí y por pocos instantes, de la Turbo-flash X.

—¡Venid a mi lado! —gritó el astronauta, sin conceder interés a las lamentaciones del experto en control y externo-difusión oral—, ¡Rápido!

—Pero... —articuló Jerry Stevens—, ¿Puede saberse lo que...?

—¡Que vengáis inmediatamente a mi lado!

De forma instintiva y hasta coaccionados por la vehemencia autoritaria, inusual de otra parte en él, de Lew Bannister, corrieron a obedecerle los dos hombres.

—Voy a veros, al instante, en Nuevo México. Junto a Corlan y Terence Powell

—¡Volvemos a la Tierra! —gritó Bannister, enfebrecido. Enloquecido casi. Puntualizando—: ¡A nuestra Tierra!

Raines y Stevens lo miraron boquiabiertos y con los ojos rodando al borde de las órbitas temiendo, muy seriamente, por el equilibrio mental del que siempre diera pruebas de tino y cordura.

Exclamando, interrogantes, al unísono:

—¿QUEEEEEE...?

—Ahora, Lew Bannister. AHORA...

Ellos, reducidos a la nada, desaparecieron en fracciones de segundo del interior de la Turboflash X y ésta, al momento, casi al unísono de la desaparición de los cuatro astronautas, se deshizo en el espacio, convirtiéndose en partículas.

Una milésima después, no quedaba el menor rastro de aquella nave sofisticada, ultramoderna, que con tanto esmero diseñasen y construyeran los técnicos en astronáutica y comunicaciones físicas espaciales que trabajaban a las órdenes de Martin J. Corlan.

El cual en aquel momento, allá en su despacho del laboratorio ubicado en algún lugar de Nuevo México, le preguntaba al aún encendido Terence Powell:

—¿De veras sigue confiando en ellos, general?

—Lo harán, Corlan, lo harán. Bannister no es tonto y sabe que es su única opción. Luego, cuando haya constatado la habitabilidad de ese planeta, pensaré en la forma de escapar a nuestro dominio Pero

será tarde entonces, porque... ya estará muerto.

—¿De veras que... estaré muerto, mi general?

Powell se puso en pie de un brinco.

-¡NO ES POSIBLE!

Corlan, reaccionando quizá de una manera más racional conforme a sus necesidades de aquel memento, quiso extraer del cajón principal de su mesa, una pistola láser.

Las pupilas de Bannister, alimentadas cotí la fuerza de aquel Poder benefactor y misterioso, pulverizaron con un leve parpadeo al adelantado.

Y desapareció.

Así, sin más.

Para siempre.

El secretario de Defensa de la Casa Blanca estaba consternado.

A sus facciones consuetudinariamente rojas las había raptado ahora una pincelada de palidez mortal.

—¡Podemos..., podemos pactar, Bannister! ¡Nos repartiremos usted y yo todo el poder!

—Yo no hago tratos con asesinos dementes, Powell.

Y con el pensamiento, habló:

—¿Está usted aún en mi?

—Lo estoy, Lew Bannister, lo estoy. Nunca abandono a mis amigos hasta que no tengo la certeza de que han conseguido sus buenos propósitos. ¿Qué puedo hacer por ti ahora?

—¿Puede «vernos» a todos en el despacho del presidente de los Estados Unidos de Todas las Américas?

—Puedo. Voy a veros allí de inmediato.

Peter Blair también les vio.

Y no se sorprendió como hubiera sido de rigor. Como tenía que haber sido lógico.

Dijo, como s acabara de suceder lo más natural del mundo:

—¿Habéis tenido buen viaje, Bannister?

—Señor... ¿Cómo acepta usted...?

—El Poder ha estado en mí, Lew. Informándome en un segundo de todo lo que ha sucedido en meses. Tú y tus amigos debéis retiraros a descansar en unas estancias que se os están preparando al efecto. Imagino que miss Estibaliz Hunter no tendrá el menor reparo en compartir su estancia contigo, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no, señor presidente! —exclamó ella. Añadiendo—: Como desde hace una serie de tiempo no entiendo nada de lo que sucede a mi alrededor, pienso que lo único que puedo entender es el amor y la pasión al lado de un HOMBRE, el mío. Pienso que algún día me lo explicara... todo.

—¿Y para nosotros, señor presidente, ya que parece ser nos hallamos en un mundo de tarados mentales..., con todos mis respetos por supuesto, no tendrá una mala hembra que llevarnos a la cama? A nuestro departamento he querido decir. Usted me comprende, señor presidente... —el pelirrojo había vuelto a integrarse en su rol desenfadado, irónico, burlón y atrevido, de costumbre.

—Se hará lo que se pueda, Stevens. En la residencia que se les ha asignado, exclusiva para héroes del cosmos, hay algunas camareras que... Mejor será que juzgue usted cuan do las vea, ¿eh?

—O.K., señor presidente.

—General Terence Powell... —Gwen Peter Blair había salido de detrás de su mesa de despacho para caminar despacio, pero rectamente, al encuentro de su secretario de Defensa—. Pienso que tiene usted muchas cosas que explicarme, ¿verdad?

El otro estaba encogido.

Había perdido sus ademanes y expresividad agresivos. La brutalidad, incluso, de que a veces solía hacer gala.

Estaba total, definitivamente acabado.

—Tengo derecho...

—¡Usted no tiene derecho a nada! —gritó, colérico, el presidente.

—...a pedir que se me permita refugiarme en el suicidio.

—Lo que usted ha pretendido —dijo el number one de los todoamericanos— no se puede saldar con la muerte. Con una muerte fácil y cobarde, general Powell. Existen leyes, tribunales militares... Condenas.

—Nosotros podemos marcharnos —habló respetuosamente Lew —, ¿verdad, señor presidente?

Gwen Peter Blair le miró luciendo una sonrisa intencionada.

—¿Tanta prisa tienes, Bannister?

-- ¿Se ha fijado, señor, en ese par de fresas rojísimas que le crecen a miss Estibaliz Hunter, por fuera de los labios?

—Ahora que lo dices...

—Esa es mi prisa, señor presidente. Mi prisa por comerlas... ¿Me permite sólo un poquito?

—¿Y usted qué dice, Estibaliz?

—¡Que estoy loca por sentir los dientes de Lew hincados en estas fresas!

—Pues por mí no se contengan, ¿eh? —y se volvió de espaldas a la pareja.

El astronauta inició al punto un beso devorador.

Pero el presidente se volvió mucho antes de lo esperado. De lo que podía suponerse de su ofrecida complicidad.

—¡Bannister!

Soltando a la hembra, preguntó:

—¿Sí, señor?

—Estoy pensando que a partir de este momento queda vacante el cargo de secretario de Defensa, de director del segmento todoamericano de la Control Security Kosmos y...

—Sólo soy un triste comandante, señor presidente.

—Podríamos arreglarlo con un decreto presidencial que lo ascendiera a usted al grado de... ¡Powell!

Se cuadró.

—¡A la orden, señor presidente!

—Dele su chaqueta al... general Bannister.

—No me entrará, señor.

—Pues le arranca las estrellas y en cuanto salga de aquí, que Estibaliz se las cosa a su uniforme..., antes de que empiecen a hacerse mimos y cosas de ésas, ¿está claro?

El mismo Terence Powell se degradó en presencia de todos, tendiendo las estrellas y demás distintivos del cargo al que no había sabido hacer honor, a Lew Bannister.

Howars Raines y Jerry Stevens, que para sus adentros seguían preguntándose cómo un viaje que a la ida había costa do más de dos meses, a una velocidad media de cien mil años luz/hora, se materializaba a la vuelta en dos segundos de crono... los dos subordinados de Lew, que seguían, sí, tratando de desvelar aquel misterio, se pusieron a aplaudir.

No se asistía todos los das al nombramiento de un general.

Ni se regresaba cada día, en dos segundos, de un punto ignorado

del infinito hasta la Tierra que les viera nacer.

Aplaudieron, sí.

Lew ni se enteró, porque estaba robándole las fresas a la hermosa rubia dieciochoañera de enormes ojazos verdotes.

Así era aquel hombre.

El HOMBRE de Estibaliz Hunter.

El más HOMBRE que ella conociera ni conocería jamás.

HOMBRE...

FIN